



SS

SERVICIO
SECRETO

PETER DEBRY

LOS DETECTIVES MUEREN JOVENES

LOS DETECTIVES MUEREN JÓVENES

PETER DEBRY

Los detectives mueren jóvenes

1.^a EDICIÓN
FEBRERO-1957



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BUENOS AIRES

**ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL:**

En Colección **BISONTE**:

469 — La guerrilla de los tejanos.

En Colección **SERVICIO SECRETO**:

332 — Puños y gatillos. **337** — Operación marihuana. **340** — El «gang» de las actrices.

En Colección **BÚFALO**:

172 — Río turbulento.

En Colección **PANTERA**:

50 — Bajo la Cruz del Sur. **52** — Un legionario investiga. **55** — Robín de las Antillas.

En Colección **CONGO**:

26 — Soplo de terror.

En Colección **CALIFORNIA**:

4 — El regreso del cobarde. **18** — Misión para un rebelde.

CALIFICACIÓN DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

PRINTED IN SPAIN

© FRANCISCO BRUGUERA - 1957

Impreso en los talleres de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A. — Proyecto, 2 - Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO

A las cinco de la madrugada, un rumor persistente arrancó a Clem Sterling de su profundo sueño. Su primera reacción fué experimentar una honda y sincera indignación.

Tenía razones bien fundadas, para estar indignado. Hacía poco tiempo que se había acostado, ya que había pasado la mitad de la noche buscando en vano a Melvin Garland.

Sin encender la luz, tendió la mano en tanteo para coger el teléfono. Volcó una botella y, aplicándose el auricular, emitió varias imprecaciones vigorosas.

Por respuesta, oyó solamente el zumbido intermitente de la señal de modulación.

Siendo Clem Sterling detective, dedujo inmediatamente que el aparato no tenía nada que ver con su brusco despertar, llegando a la conclusión de que alguien llamaba a la puerta.

Volvió a ahorquillar el teléfono con suavidad, tendiéndose en la dulce esperanza de que el personaje que estaba aporreando la puerta se cansaría y se iría a dormir, como era de rigor a aquella hora intempestiva.

Pero el redoble del puño sobre la puerta repicó con mayor insistencia.

Suspirando, Clem Sterling abandonó las sábanas. No le cabía ya la menor duda de que el atrevido despertador, sólo podía ser el poderoso y tiránico Beck Garland, su patrón.

Sentado en la cama, imprecó entre dientes:

—Ya voy, ya voy... Sanguijuela, vampiro, déspota...

Colocó los pies desnudos sobre la alfombrilla, tentando para calzar sus zapatillas, y respingó estremeciéndole, porque la planta de sus pies se había empapado en el charco de la botella volcada.

Apretando los dientes, encontró por fin el interruptor y

encendió. Mirándose al espejo, pensó que tenía un aspecto salvaje. Tiosos los negros cabellos, hinchados de sueño truncado los ojos azules, su rostro anguloso expresaba un hondo furor.

Desperzando su larga anatomía, se aproximó a la puerta, que parecía a punto de rendirse al tamborileo de dos puños. Se ciñó el batín, y abriendo la puerta, se apartó.

No quería ser atropellado.

Beck Garland irrumpió en la habitación como un búfalo embistiendo.

—¡Ya, era hora, dormilón! ¡Llevo media hora llamando!

Físicamente era impresionante Beck Garland. Macizo, de rostro cuadrado, mandíbulas salientes, manos velludas y bigote en cepillo, daba una impresión de enorme vitalidad.

Emigrante irlandés, a los veinte años había endosado su primer cheque con una cruz y el pulgar entintado. A los cuarenta y cinco, era el dueño de una compañía petrolífera, la «Gulf Range», y principal accionista de varias sociedades.

Todo un personaje. Fríamente tiránico.

Pero en aquellos momentos tenía el rostro congestionado, y sus ojos fulminaron a Sterling:

—¿Dónde está Maureen?

El detective Sterling empleó la táctica optimista:

—Es muy posible que esté en casa.

Maureen Garland y Melvin Garland, respectivamente hermana e hijo del prohombre, constituían la base del amplio sueldo del detective Sterling, cuyo trabajo consistía esencialmente en evitar que los familiares de Beck Garland figurasen en los periódicos.

Sólo podían constar en los «Ecos de Sociedad».

En la ciudad, Clem Sterling era considerado el brazo derecho del viudo Garland.

—¿En casa? ¿En casa? —bramó Garland—. ¡Nunca está en casa!

Y midiendo la habitación a grandes zancadas, se desfogó:

—¡Es desesperante! Abandono la ciudad unas horas tan sólo, y desaparecen Maureen y Melvin.

Se interrumpió en su paseo, para asestar un índice acusador hacia el detective.

—¡Y también por tu culpa tengo por nuera a esta maldita Sandra! Me aseguraste que casándose con Melvin, ella sería una perfecta mujercita de su casa. Y lo que es... ¡una condenada aventurera!

—Sandra no es una aventurera Beck.

—¿No? ¿No? ¿Pues qué otra cosa es Sandra? ¡Fue la novia de

Joe Cairo!

—Lo fué, antes de enamorarse de Melvin.

Beck Garland sacó del chaleco un cigarro, mordió la punta y la escupió rabioso. Parecía morder también las palabras:

—Las próximas dos semanas son vitales, definitivas, y lo sabes, Clem. Un pequeño escándalo y perdería yo las elecciones. Gutman está esperando la ocasión para abalanzarle como un lobo hambriento sobre cualquier escándalo de los Garland, para hundirme en las elecciones. Regreso de mi viaje, ¿y qué es lo que encuentro? Mi hermana Maureer de excursión a las cinco de la mañana. Mi hijo Melvin, peleado con Sandra, ha desaparecido. Y mientras, ¿qué haces tú? ¡Dormir! Eso es: ¡dormir!

—De vez en cuando es indispensable dormir, Beck.

Se dirigió a la diminuta cocina, para prepararse café. Lo necesitaba con urgencia.

Junto a la puerta, vociferó Garland:

—¡Y mientras, el lobo hambriento de Gutman buscando la ocasión para hundirme! No sólo a mí, sino al alcalde Martyn. Gutman posee los dos periódicos principales.

El agua se puso a hervir, y un grato olor de café inundó la cocina. Clem Sterling aspiró ruidosamente, con deleite. Preguntó:

—¿Y Dupont? Él sabrá dónde está Maureen.

Dupont era el mayordomo luisiano de la familia Garland.

—¿Dupont? ¿Dupont? —reiteró Garland, con una risita que pretendió fuera un compendio de sarcasmo—. Dupont es como tú, un condenado dormilón. Y hablando de Maureer... ¿Crees tú que esté enamorada de Boyd Conrad?

—Pudiera ser —opinó Sterling en tono indiferente, llenando de café dos tacitas—. Por ahora, no lo sé fijamente.

—¡Sí que lo sabes!

Sorbió Sterling con pequeñas aspiraciones golosas el café y, vaciada la taza, manifestó:

—A veces lamento que nos salvásemos la vida mutuamente allá en Filipinas y en Okinawa. Estábamos en paz, pero soy un sentimental, y me pongo a pensar que te debo la vida, y que vives porque estábamos los dos en el mismo batallón. Me pagas un sueldo fenomenal, Beck, pero a veces preferiría volver a ser lo que era antes. Un simple detective con más deudas que cabellos, y no un esclavo de los Garland. Y ya que estamos en vena de confidencias, apúntate una, Beck Garland.

Agitó Sterling el índice para dar mayor fuerza a sus palabras:

—Tu hermana Maureen es como es, porque le haces la vida

imposible. Estás empeñado en que se case con alguien socialmente a tu altura. Tú dispones de todo el dinero y la amenazas con dejarla sin un centavo, si se casa con alguien que no esté a la altura de Beck Garland. Y eso es una canallada, Beck Garland. Hoy tienes millones, pero, ¿qué tenías hace diez años? Empuje, coraje, y hambre de llegar. ¡Has llegado! Deja en paz a tu hermana. Déjala que se case con quien quiera.

—Maureen es una irresponsable, y no estoy dispuesto a permitir que me comprometa en las inmediatas elecciones. Además... ¡te pago para que funciones, no para que me sermonees! ¡Busca a Maureen y tráela a casa! ¿Entendido?

—Entendido, patrón.

Pasó Sterling al cuarto de baño, para vestirse, mientras en la alcoba, Beck Garland paseaba como una fiera enjaulada.

Anudándose la corbata, entró en la alcoba.

—¿Te dijo Dupont qué coche había cogido Maureen?

—El «Cadillac».

Acercándose al teléfono, marcó Sterling el número correspondiente al domicilio de Harry Castel, detective, que también figuraba en la nómina de Garland, como ayudante de Sterling.

—Hola, Harry. Hemos vuelto a perder a Maureen Garland. Visita los clubs conocidos, y me telefoneas al número...

Dictó el correspondiente al domicilio de Boyd Conrad, el aspirante a la blanca mano de Maureen Garland.

—Me llamas a este número, dentro de media hora.

—¡Canastos! Yo creí que buscábamos a Melvin.

—Y así es, pero ahora hay un complemento: la excelsa Maureen. Pitando, Harry.

Colgó para ir a recoger su sombrero y abrigo. Y volviéndose a Beck Garland, sugirió:

—¿Y si fueses a dormir un poco? Mañana..., quiero decir hoy... tienes una reunión. Además, la señorita Jardine tiene algunos documentos esperando tu firma, si es que no has olvidado que, aparte de tu hermana e hijito, te ocupas también en negocios de petróleo.

—¡Si me entero que Maureen y Conrad...! ¡Le retuerzo el cuello! ¡A Boyd Conrad, naturalmente!

—Es precisamente lo que Gutman acogería con grandes vivas de entusiasmo. A ti, en el fondo, lo que ha de importarte es que Maureen no aparezca en los periódicos. Te telefonearé apenas tenga noticias.

Beck Garland salió de la habitación como había entrado. Embistiendo.

Poco después, Sterling conducía hacia el barrio de la colina, en que se hallaba la «Regence», residencia de estudios.

Boyd Conrad, al abrir la puerta, no manifestó la menor amabilidad, cosa que no sorprendió a Sterling.

—¿Qué quiere usted? —preguntó Conrad secamente, manteniendo la puerta medio abierta.

Era un hombre guapo, de ojos brillantes, negro cabello ondulado, modales elegantes. Era uno de los asesores jurídicos de la «Gulf Range».

—Lamento arrancarle del blando lecho, Conrad, pero he pensado que tal vez sabría usted indicarme dónde está Maureen Garland.

Conrad vestía un batín negro, con iniciales bordadas en escarlata. Un pañuelo también escarlata rodeaba su cuello. Pero Sterling observó que bajo el batín asomaban el pantalón gris y los zapatos.

Muy temprano para estar despierto. Deducción: no se había acostado.

—No me gusta la gente que viene a meter las narices en mis asuntos privados, Sterling —manifestó Conrad, agresivamente.

—Le comprendo perfectamente, porque soy un hombre tolerante.

Y terminando su frase, empujó Sterling con la mano abierta sobre las iniciales escarlata. Conrad se vió obligado a retroceder para no perder el equilibrio. Lo recuperó reclinándose en la pared.

—Vamos a hablar como personas correctas, y sin que se enteren los vecinos —propuso Sterling, cerrando la puerta—. ¿De acuerdo?

Boyd Conrad esbozó una mueca desdeñosa:

—No me queda más remedio que oírle, Sterling. Pero de persona decente, aquí dentro, sólo hay una.

—Aparentemente usted, ¿no? Abreviemos, Conrad. ¿Está aquí Maureen?

—¡No!

—¿Estuvo con usted?

—Efectivamente, he salido con la señorita Garland esta noche, que en su coche me dejó ante la puerta de esta residencia.

—¿A qué hora?

—Hace ya más de una hora.

—¿Y cómo sigue usted vestido?

—Estudiaba unos documentos.

—¿Estaba Maureen en perfecto estado de salud?

Y Clem Sterling levantó la diestra. Enrojeció furioso Conrad, pero hacía tiempo que sabía que el detective Sterling no se caracterizaba por su finura.

—¡La señorita Garland estaba completamente sobria!

—Eso es lo que parece, porque aguanta como un cosaco. Me he permitido dar su teléfono a un amigo que debe llamarme aquí de un momento a otro. ¿Le molesta que espere aquí?

—Mucho —replicó Conrad, secamente—. Pero no puedo impedirselo.

Entró Sterling en el *living*. Una estancia distinguida que se entretuvo en recorrer, abriendo dos puertas. Cuando comprobó que el piso no tenía más moradores que él y Conrad, volvió a sentarse, diciendo:

—Le creo, Conrad. Me basta con su palabra. Maureen no está aquí.

El teléfono repiqueteó, y Sterling, cogiéndolo, oyó la voz de Castel:

—Tengo la pista, Clem. Un periodista me ha hablado de un jaleo en el bar de Bill Meyer. Irrumpieron los patrulleros, llevándose a una mujer responsable del follón. La excelsa Maureen Garland.

—¿Y qué es lo que te hace pensar que se trata de la dama en cuestión?

—Porque su «Cadillac» sigue estacionado cerca del bar de Meyer. Y no es porque tenga, avería. Funciona. Te espero en la Comisaría Octava.

CAPÍTULO II

En el banco alineado contra el muro, junto al tribunal, se sentaban diez detenidos. Entre ellos, tres mujeres. Entre éstas, Maureen Garland.

Al fondo de la sala, Clem Sterling pensaba que dentro del mal, era una suerte que los detenidos fueran juzgados por el llamado Tribunal del Alba.

No había público y los dos únicos periodistas, dormitaban. Procuró Sterling sentarse de modo que no pudieran reconocerle los de la Prensa, si abrían los ojos.

A su lado, Harry Castel parecía estar en plena forma. Viéndole, jovial y alerta, nadie pensaría que aquel muchacho dormía una noche de cada tres.

—Deberían encerrarla en Montrose —susurró Castel al oído de Sterling.

—¿Montrose?

—El sanatorio para bebedores incurables.

—¿Culpable o no? —especificaba el juez, según la fórmula ritual.

Tenía aspecto de persona recién despertada contra su voluntad.

La acusada de mendicidad ante el tribunal de un solo componente, rió:

—¿Y usted qué opina, juez?

El juez permaneció impasible, repitiendo:

—¿Culpable o no?

—Culpable —admitió la mendiga, conocedora de las leyes. Reconociéndose culpable le correspondía el mínimo de castigo.

Se fué escoltada por un ujier.

—Carol Finlad —llamó el juez.

Maureen Garland se levantó para franquear el espacio que separaba los detenidos del estrado.

Clem Sterling pensó que la cosa marchaba bien. Ella no había dado su verdadera identidad. Pensó también que debía haber perdido su bolso, porque sino los policías no la habrían dejado comparecer usando un seudónimo.

Harry Castel se levantó y vino a colocarse tan cerca de Maureen como se lo permitía la barrera.

El juez, adelantando el busto, se fijó en Maureen.

—Está usted acusada de embriaguez pública y escándalo en el bar de un tal William Meyer. ¿Culpable o no?

—Señoría... —empezó a decir Maureen, con voz algo pastosa.

—¡Señoría! —clamó Harry Castel.

Maureen, girando la cabeza, reconoció al ayudante de Sterling. Cerró los ojos, vacilando un poco sobre sus piernas...

El juez inquirió, severamente:

—¿Qué le ocurre, joven?

Harry Castel adoptó una expresión de humilde respeto. Algo difícil para su carácter normal.

—Ella se declara culpable, Señoría, y suplica clemencia.

—¿Cuál es su parte en este acto, joven?

—Es mi hermana.

El juez miró a Maureen:

—¿Es éste su primer arresto, señorita?

—Sí —murmuró ella, débilmente.

—¿Testigo de cargo?

Un hombretón de cara poco agradable se aproximó:

—¡Ha roto por cien dólares de cristalería en mi bar, Señoría!

—Pagaremos los daños, Señoría —afirmó Harry Castel.

—¡Treinta días! —decretó el juez, dando un martillazo, y añadió la fórmula que estaba ansiando oír Sterling—: O pago de la multa correspondiente y los tasados daños en cien dólares.

Harry Castel, asintiendo, se aproximó al ujier cobrador.

Clem Sterling abandonó la sala. Momentos después llegaba al coche de Harry Castel, sentándose atrás. Examinaba por el retrovisor la salida.

Vió por fin a Maureen caminando asida por el codo por Castel, y comprobó que nadie les seguía. No bajó a abrir porque cualquiera podía reconocer en él al «brazo derecho» de Beck Garland.

Mentalmente, deseaba tener quince días más de edad y que estuvieran ya liquidadas las malditas elecciones. Y reelegido David Martyn, el alcalde, íntimo amigo y protegido de Beck Garland.

Maureen Garland, sentándose, reclinó su cabeza sobre el hombro del detective Sterling:

—¡Oh, Clem, estoy avergonzadísima!

—¡Oh, Maureen, estoy reventadísimo! —y apartándola contra la esquina del asiento, conminó Sterling—: En marcha, Harry.

Sólo media milla más allá, volvió a hablar Sterling, dirigiéndose a Castel:

—Me dejas en Civic Center, y llevarás a la señorita Garland a su

casa. Mucho cuidado que no vuelva a salir la señorita Garland, Harry.

Maureen Garland rió algo histéricamente antes de decir:

—Sí, señor Castel, es preciso que se cuide mucho de la señorita Garland. No es más que una niña. Mimada, totalmente irresponsable y quizá un poco demente.

Harry Castel enrojeció hasta las mismas orejas, pero siguió conduciendo en silencio.

Y de pronto, al prolongarse la pausa de silencio, chilló ella:

—¡No lo consentiré!

Clem Sterlingladeó el rostro para mirarla con fingida sorpresa:

—¿Qué es lo que no consentirá, señorita Garland?

—Tanto... espionaje... Esta manera de espiarme...

Clem Sterling rió con lástima y cansancio.

—Vamos, vamos... Debería estamos agradecida por haberla sacado de apuros. Si no llega a intervenir Harry con tanto talento, ¿sabe lo que habría sucedido, señorita Garland? Todo el alcohol que ha deglutido usted, no la habría bastado para exterminar los piojos, chinches y pulgas que corretean por la celda en la que habría veraneado durante treinta largos días.

Estremeciéndose, murmuró ella:

—¡Le odio, Sterling!

—Me consta —sonrió el detective, plácidamente—. Todo el mundo odia a quien le salva y protege.

Adelantando la diestra, agarró Sterling por el cuello a Maureen Garland, y su tono plácido se trocó por uno agresivo:

—Aunque aparenta sólo veinticinco años, tiene usted ya treinta y pico, Maureen. Y estamos todos hasta la coronilla de usted. ¿Me comprende? Si se enterase su hermano, se pondría a patalear de rabia. Y posiblemente patalearía sobre su gentil anatomía, Maureen.

Los inmensos ojos de Maureen Garland examinaron al detective sin ungida sorpresa:

—¿No se lo va... a contar a Beck?

—Creo que no —y apartando su mano, rezongó Sterling—. Siempre que he podido hacerlo, le he evitado disgustos con Beck.

—¿Por qué?

—Porque en cierto sentido me inspira usted lástima, jovencita. No es fácil ser la hermana del ambicioso Beck. Y además... es usted como es.

—¿Y cómo soy? —preguntó ella, con sonrisa insinuante.

—Para decirle finamente, es usted una sedienta de alcohol. Bebe como una esponja, y acabará mal. Hace poco se retrató usted

bastante bien; sobre todo en lo relativo a estar como una cabra.

—¿No podría usted emplear términos más gratos? Diga, por ejemplo, que me falta un tornillo.

—Está usted como una cabra, y trata de inundarse en alcohol. Pero empiezan hoy los quince días que cuentan triple. Beck quiere que el alcalde Martyn sea reelegido. Y Martyn no será reelegido si usted arma escándalos, que pueden repercutir en el protegido de Beck.

Ella alzó los hombros, en gesto de plena indiferencia. Se maravilló Sterling de la facultad que tenía Maureen Garland de asimilar grandes dosis de licor, recuperándose prontamente.

—Lo que mi hermano desea, me tiene plenamente sin cuidado.

—Él es quien tiene el dinero, Maureen, y si quiere usted continuar viviendo a lo grande, sin reparar en gastos, es preciso tener en cuenta los deseos de Beck.

Volvió Sterling a coger por el cuello a Maureen, atrayéndole la cabeza sobre su hombro, y añadió en tono cariñoso:

—Después de todo, preciosa criatura, Beck es generoso, ¿no? ¿Vamos a ser buena, nenita?

Ella empezó a llorar silenciosamente. Y dijo con voz trémula:

—¿Cómo puede usted ser tan bueno a ratos, y de pronto tan odioso?

—Soy un camaleón. ¿Dónde está su bolso, Maureen?

—Pues... no tengo la menor idea. Lo debí perder en el bar, cuando le sacudí en toda la cabezota a ese grosero sujeto llamado Meyer.

Clem Sterling preguntó:

—¿Qué clase de tipo es ese Meyer, Harry?

—Cogió los cien dólares, firmándome el recibo. Pero la cristalería que rompió la señorita Garland no llegaría ni a diez dólares.

—Es posible, pero a veces ser tacaño cuesta después mucho dinero. Por cierto, Harry, antes me hablaste de un sitio llamado Montrose. ¿Qué tal es el local?

—Fantástico —masculló Castel aferrado al volante, y consciente de que en su nuca estaban perforando los ojazos de Maureen—. La clientela es muy distinguida. Dirige la casa un doctor llamado Alex Virgil.

—Ya... Un tipo con pechera almidonada y modales de marqués.

—No, no... Es un tipo bastante normal.

—Mejor para él entre tanta cabra —y mirando de soslayo, comprobó Sterling que las facciones de Maureen se habían

endurecido—. Vaya pensando en esto, señorita Garland. Empiezo a estar harto de usted, y me está entusiasmando la idea de encerrarla una temporada en el distinguido local del doctor Virgil. Dicen que coge una cabra y la devuelve convertida en persona. Recuérdelo, Maureen.

Destellaron las verdes gemas oculares de la señorita Garland:

—¡Mi hermano no se atreverá a hacerme eso!

—¿No? Le consta que sí, y sobradamente, como vuelva usted a armar cualquier jaleo. Por cierto, Harry, no es preciso que conduzcas a la señorita Garland hasta su casa. Déjala junto a su «Cadillac». Por la cuenta que le tiene ya volverá ella a casita. Déjame aquí mismo.

Frenó Castel y, bajando, añadió Sterling:

—Cuidado, señorita Garland... Recuerde al doctor Virgil. Adiós.

Desde un bar llamó a la casa de Garland. Beck Garland no estaba, y era demasiado pronto para encontrarle en su despacho.

Sterling fué a ducharse, afeitarse y cambiar de ropas. Después de desayunar, se encontró en forma. A las nueve menos cinco, penetraba en el edificio de la «Gulf Range», y el ascensor le dejaba en el piso doce.

Ketty Jardine le miró con aire inquisitivo:

—Has estado de nuevo trasnochando, Clem.

—Yo no. Los demás sí, y me obligaron.

Admiró de nuevo Sterling el reflejo de los ojos de Ketty Jardine. Desde que la conocía, intentaba vanamente adivinar el color de aquellos ojos. A veces le parecían gris plata, otros topacio...

Lo cierto es que, viéndose en ellos, Sterling sentía el ansia de cambiar de existencia y de estado. Inclínándose, rozó con los labios el cabello femenino:

—¿Qué tal se encuentra la divina secretaria del tirano Beck?

—¿Quién era esta noche? ¿Melvin o Maureen? —preguntó ella, acercándose a la ventana.

Enlazándola suavemente por el diminuto talle, murmuró él:

—Siempre estoy persiguiendo a un Garland. Con lo bonito que sería poder dedicarte todas mis horas, cariño...

—Sandra ha telefoneado —manifestó Ketty Jardine, apartando el brazo masculino, y alejándose de nuevo—. Y por mí puedes continuar siendo toda tu vida el sabueso de la «Gulf Range», el perjuero, el intrigante, el terror... Te gusta ser la eminencia gris de la «Gulf Range», el pendenciero sabueso en quien confían Garland, el alcalde Martyn y comparsas. Pero cuando ya no te necesiten, te tacharán de la nómina, ¿Y entonces, qué?

Endurecidas las facciones, Sterling replicó:

—Siempre quedarás tú. Cada día más bonita, sólo que... un poco habladora. Ya que tanto te asquea la «Gulf Range», ¿por qué no te vas?

—¿Es un consejo? ¿O una orden? —preguntó ella—. Serías capaz de hacerme despedir, si pensases que puedo perjudicar a Garland.

—Indudablemente, querida. Primero la obligación, luego la devoción...

El eterno tema espinoso se soslayó, porque el teléfono empezó a tintinear. La secretaria de Beck Garland se aplicó el auricular:

—No, el señor Garland no ha llegado, todavía... ¿Quién?... ¿Cómo...? ¿A propósito de un bolso? ¿De quién es el bolso?

A su lado, susurró Sterling:

—Pídele el nombre y dirección.

—¿Puede dejarme su nombre y dirección?

Presionando el auricular con el hombro levantado, escribió ella en un block.

—Tan pronto llegue el señor Garland, se lo comunicaré. Gracias.

Una mano le arrebató el aparato, y el propio dueño de la «Gulf Range» bramó:

—Aquí, Garland. ¡Beck Garland a la escucha!

Ketty Jardine retrocedió, algo asustada. Clem Sterling se limitó a examinar lo que había escrito Ketty: «Bill Meyer. Bar Sexta Oeste».

Contestando con bruscos monosílabos, Garland colgó con la misma brusquedad. Su tez habitualmente color ladrillo, estaba ahora muy roja.

—¡Fantástico! ¡Fantástico! O sea que pasó la noche en la cárcel, y tú esperabas que no me enterase. ¡Es el colmo!

Sterling señaló las varias puertas comunicando con las oficinas.

—Si quieres que todo el personal se entere levanta más la voz, Beck.

—¡Parece que seas tú y no yo el que dirige la «Gulf Range»! Pero se da la casualidad de que perteneces al personal que estás citando, Clem.

Cuando Sterling sentía una oleada de furia, le temblaba el labio superior. Era el único signo exterior de su cólera.

Y tan furioso como Garland, le precedió a su despacho, dirigiéndose a la ventana para contemplar la calle. El portazo con el que anunció Garland su entrada le hizo volverse.

—Pongamos las cosas en claro, Beck. Yo llevo las cosas que me incumben a mi mejor entender, y si no te convence, con devolvarte

mi librea, adiós y tan amigos.

Durante unos instantes los epítetos que farfullaba Garland iban dirigidos a los otros Garland. Le atajó Sterling:

—Quieres que Martyn sea reelegido, y faltan quince días. Sólo existe un medio. Puedo conseguir que Maureen consienta a permanecer estos quince días muy tranquila, pero a cambio de ciertas condiciones.

—¿Cuáles?

—Prometerle una pensión vitalicia.

—¡De acuerdo! Prométele lo que quieras... dentro de los límites razonables.

—Una pensión vitalicia y libertad para casarse con quien quiera.

—De acuerdo.

—Escucha, Beck... Yo tengo costumbre de mantener mis promesas.

—Con lo cual quieres insinuarme, que cuando hayan pasado las elecciones yo no sostendré mi promesa.

—Hablemos claro, Beck. Eres un zorro, y has engañado a mucha gente. Me molestaría soberanamente que luego me hicieras hacer el indio bravo.

—¿Quién es ese Bill Meyer?

—Me encargo de él, pero tú mantendrás tu promesa, ¿entendidos, patrón?

—Bueno... ¡Vete al cuerno!

Para salir, Sterling empleó otra puerta. No quería perder tiempo contemplando a Ketty Jardine.

Quince minutos después abandonaba el taxi ante el «Bar Meyer». La vitrina tenía la cortina echada. Hacía fresco en el interior.

Entre el mostrador y los compartimientos reservados, había una extensa alfombra de esparto. Tras el mostrador, estanterías llenas de frascos y cristalería, un espejo, y ninguna huella de los destrozos efectuados por Maureen Garland.

Bill Meyer, corpulento y de rostro avinagrado, compulsaba la caja registradora.

Sterling se instaló en un taburete.

—Una mañana, espléndida, Meyer.

—Hola —replicó Meyer, con expresión ausente.

—¿Los negocios pitan, Meyer?

—Vamos tirando. ¿Qué se le ofrece?

La expresión de Sterling denotaba la alegría de vivir:

—Un Caballito Blanco. Celebro que los negocios piten.

Bill Meyer le miró receloso:

—¿Qué le importan a usted mis negocios?

—Completamente nada. Sólo quería saber si deseaba usted que sus negocios continuasen siendo prósperos. Hoy en día son tan complicados los negocios... Vienen molestias.

Bill Meyer arqueó las cejas:

—¿Qué está usted insinuando, amigo?

—Que quiero beber Caballito Blanco.

Meyer dejó sobre el mostrador el frasco de whisky, y cogiendo un vaso lo miró al trasluz, antes de dejarlo junto al frasco.

—Un día recibí la visita de un tipo que también me habló de los negocios. Pretendía proteger el bar, ¿comprende? A base de una cuota semanal. ¿Sabe qué hice?

—Ni idea, Mayer.

—Le agarré por el fondillo, y le apliqué una paliza a modo.

—Eso demuestra que además de robusto está usted seguro de no necesitar protección.

—¡Naturalmente que no!

—Pues yo creo que sí. Porque usted es un chantajista, Meyer. Que tiene un bolso femenino, que no hace juego con sus carnazas.

Hablando, había cogido el detective el frasco de whisky, como disponiéndose a servirse una copa.

Lo alzó, estrellándolo contra el ancho cráneo de William Meyer, que se desplomó sin sentido, e inundado de whisky.

Clem Sterling, dirigiéndose a la puerta, la cerró por dentro. No quería que ningún inoportuno bebedor matinal le molestase.

CAPÍTULO III

Aquella antesala repleta de alfombras y cortinas estaba a prueba de ruidos. Había también varias puertas cerradas y una de ellas tenía un letrero donde se leía: «Doctor Alex Virgil».

La más próxima lucía también un letrero: «Miss Bryce».

Estaba entreabierta y los detectives Sterling y Castel atisbaron sin disimulos. Valía la pena escrutar el despacho cuando, como entonces, estaba dentro la señorita Bryce.

—Qué bombón —susurró ávidamente Harry Castel.

Apartándose de la puerta, comentó Sterling:

—Creí que la tenías toda castigada, Harry.

—A esa no. Yo hablé con una enfermera. Esta señorita Bryce creo que es propiedad exclusiva del doctor Virgil, que aspira a hacerla su esposa, según rumores. En mis tiempos, cuando yo visité... sí, visité nada más, Clem..., esta santa casa, no estaba de jefa Lorraine Bryce.

Volvió Castel a espiar el interior del despacho, mientras Sterling examinaba el resto del panorama topográfico. Una enorme terraza, un jardín en declive hasta un muro de tres metros de altura, camuflado tras trepadoras y laurelesrosa.

Ningún curioso podía así ver desde fuera el jardín. Una «casa de reposo» muy tranquila. La propiedad habitada más cercana, distaba una milla.

En el salón, del cual se percibía un ángulo, y en la contigua sala de juego, vió Sterling a varios inquilinos del sanatorio del doctor Virgil. Parecían gente envidiable por la posición social, si no por el motivo de su estancia.

El personal del establecimiento tenía el aspecto de diplomáticos oficiando de camareros. La puerta del doctor Virgil se abrió y la señorita Bryce, asomándose invitó:

—Pueden pasar, señores.

Su uniforme almidonado no lograba formar rectas sobre la estructura curvilínea.

Sterling y Castel entraron en el despacho del psiquiatra, que se levantó para saludarles. Era un hombre de alta estatura, tan fornido como Sterling. Era majestuoso, con su collar de barba cobriza. Sus ojos almendrados (parecidos a los de un camello, pensó Sterling), se

posaron en Castel.

—Celebro volver a recibir su visita, señor Castel —dijo con una voz profunda, musical y alegre.

—Yo también celebro verle, doctor. Le presento al señor Sterling, doctor Virgil.

El despacho era un prodigio de buen gusto y suntuosa riqueza.

—Hace ya cerca de un año que no le veía, Castel, cuando nos trajo aquella, clienta a la que suministraba licor... sin que lo supiéramos.

—No me acuerdo ya —dijo Castel, virtuosamente.

—Fué cuando aquel incidente de las dos enfermeras celosas, Harry —apuntó jovialmente el doctor—. Les prometió matrimonio a las dos, simultáneamente.

Y pleno de indulgencia, el doctor se acarició la barba. La señorita Bryce había regresado al contiguo despacho y, levantándose, dijo Castel:

—Me he dejado los cigarrillos en el abrigo.

—Tome uno de los míos, Harry —brindó el doctor

—Fumo una marca especial para la garganta —mintió Castel, tosiendo y abandonando el despacho presuroso.

El doctor creyó que el detective Castel estaba avergonzado por sus antiguas hazañas. El detective Sterling tuvo la convicción de que su ayudante, estaba ya explorando las posibilidades en el despacho anexo.

—Tengo entendido, señor Sterling, que desea hablarme de un asunto confidencial. Inútil decirle que nosotros somos como los detectives honestos. El colmo de la discreción. Si no fuésemos así, hace años que este establecimiento se hallaría clausurado.

—En lo que concierne a la dama en cuestión, doctor, tendrá usted que dar pruebas de más dotes que la natural discreción profesional. Es imposible prever las reacciones de dicha dama, y hasta es posible que tenga usted que recurrir a la fuerza para retenerla.

—Voy viendo —y exhalando una bocanada de humo, añadió Virgil—: ¿Cuál es el aspecto legal de esta cuestión?

—Puede que obtenga de ella un certificado con su firma, garantizando que se aloja aquí por su propia voluntad, sin coacción alguna. Posiblemente, más tarde, puede ser menos dócil, pero así usted legalmente no corre ningún riesgo.

Del despacho contiguo surgió un rumor netamente identificadle, como la risa de una mujer cosquilleada.

El doctor Virgil frunció el entrecejo y se levantó:

—Bien, señor Sterling, en este caso puedo prometer que dicha dama no saldrá de mi establecimiento, sin una orden personal o escrita de usted.

—Hay otra cosa, doctor. Es rigurosamente necesario que nadie sepa su identidad. Salvo usted, naturalmente.

—Entendido.

En la antesala, Harry Castel hojeaba con aspecto inocente una revista de jardinería. La puerta de la señorita Bryce se cerró lentamente.

No sonó tan jovial la voz del doctor Virgil:

—¿No se aburrió durante la breve espera, Harry?

—Oh, no, doctor. Nunca me aburro, ¿sabe? Buenos días, doctor.

En el coche, dio Sterling un codazo a su ayudante:

—Nada de bromitas con la rubísima Lorraine Bryce porque el doctor no me parece tonto ni mucho menos.

—Pero es que ella es arrebatadora —suspiró el enamorado Castel.

—Lo que es verdad, es verdad —tuvo que reconocer Sterling—. Pero ríe ruidosamente.

—También es verdad, jefe. Y hablando de otra cosa. Mató usted a Bill Meyer?

—Me bastó con hacerle comprender que una eventualidad mortuoria no quedaba excluida si continuaba telefoneando a Beck Garland.

Sacó de la redecilla el bolso de Maureen Garland, aclarando:

—Meyer dijo que lo había encontrado esta mañana, al efectuar la limpieza.

En casa de los Garland, Maureen Garland paseaba en el saloncito del primer piso. Una estancia impecable, donde el blanco y sus derivados dominaban. Cada centímetro cuadrado de tapices debía valer una fortuna.

—Está usted preciosa, Maureen —saludó Sterling—. Nadie diría que ha pasado la noche en vela agitada.

—Usted también está precioso, Clem. Dígame: ¿no ha odiado a nadie con tanta intensidad, que si le anunciaban su muerte, estallaría usted en carcajadas deliciosas?

—Por ahora no. ¿Se refiere a mí, Maureen?

—Beck ha estado sermoneándome. Nada de hermano cariñoso, sino de déspota pensando sólo en sus ambiciones. Es odioso.

—Espero disuadirla si proyecta asesinarle. No hay manera de pillar por sorpresa al robustísimo Beck. Y para evitar futuras complicaciones a este segurísimo servidor, hay que tomar una

decisión, Maureen.

—¡Usted... le dijo a Beck que yo armé escándalo en el bar Meyer!

—Yo no. Fué esto.

Y tendió Sterling el bolso, añadiendo:

—Se hallaba en el bar Meyer, y el dueño lo encontró bajo una banqueta. Por su contenido averiguó quién era usted, y telefoneó a Beck, creyendo que el informe podría proporcionarle una renta. Chantaje vulgar. Y Beck, que está harto de su hermanita, es violento. Un día cualquiera puede estrangularla, Maureen. He preferido convencerle de que la deje libre de casarse con quien quiera... dentro de quince días, y pasarle una pensión vitalicia nutritiva... también dentro de quince días.

Encendiendo un cigarrillo con dedos temblorosos, inquirió ella:

—¿A cambio de qué? Porque Beck no da nada por nada.

—Una pequeña formalidad. Nada importante. Comparado con la esclavitud dorada que aquí la rodea, Maureen, quince días de reposo completo pasarán pronto.

Estremeciéndose, susurró ella:

—¿Quieren... encerrarme en un manicomio?

—Vamos, vamos... Nada de esto. La colocaremos bajo vigilancia distinguida, y nada más. Quince días en una hermosa finca en pleno campo. Aires plectóricos de savia de pino, trinos de pajaritos, gallos cantando. Un reposo ideal. Y muy urgente, Maureen. Porque usted bebe como un cosaco, y cada vez que bebe para olvidar, rompe cosas, arma jaleos, en fin, observa una conducta algo deplorable.

—¡Rehúso ser encerrada en su casa de locos, Clem Sterling!



—¿Quién de los dos disparó sobre Joe Cairo?

—No es mía, gracias a la Providencia. Sea razonable, nenita. Cuando salga a los quince días, dispondrá de una renta vitalicia de mil mensuales. Y además no está para elecciones usted. Si no accede, Beck puede emplear otros sistemas más contundentes.

—Y... ¿quién me garantiza que a los quince días... saldré y tendré libertad para casarme y disponer de una renta vitalicia?

Colocó Sterling las manos sobre los hombros de Maureen Garland:

—Escúcheme, nenita... Me he pasado largos meses procurando evitar que sus jaleos pasaran a mayores, y al final le he cogido afecto. Ahora tengo ocasión de prestarle un buen servicio, y voy a hacerlo. Beck cumplirá, porque me lo ha prometido a mí personalmente y puedo presumir de ser la única persona a la que Beck Garland no engatusará.

Poco después, Sterling bajaba las escaleras llevando en el bolsillo, un escrito firmado por Maureen Garland, declarando que por su propia voluntad, sin coacción, decidía ingresar en la «casa de reposo» del doctor Virgil.

En el vestíbulo espejaba el mayordomo Dupont, ceremonioso e inquieto.

—¿Todo va bien, señor Sterling?

—De perilla.

—¿Puedo saber a dónde va la señorita Maureen?

—Entre nosotros, Maureen pasará una quincena al abrigo de las mundanales tentaciones. Pero para cualquiera que se lo pregunte, la señorita Garland ha ido a pasar unas vacaciones con unas amistades en Santa Bárbara.

—Muy bien, señor Sterling. ¿Y el señorito Melvin? ¿Regresará pronto? La señora Garland... le esposa, del morito Melvin... está en aquel salón esperando impaciente a su marido, el señorito Melvin.

—No tenía por qué venir. En fin, paciencia.

Pasó Sterling al otro salón.

—Le dije que se quedase en su casa, Sandra.

—También me dijo que encontraría a Melvin, y... ¡narices! —afirmó Sandra.

Sandra Dahl era aún demasiado joven para ser rematadamente cínica. Pero en su pasado, había muchas canciones moduladas en locales como el «Blue Onyx» propiedad del poco ortodoxo Joe Cairo.

Tenía los ojos verdiazules, cabellos negros y un cuerpo ondulante. A primera vista, parecía una colegiala ingenua.

—¿Dónde diablos está Melvin?

—Lo ignoro.

—Es que... ¡yo le quiero! Si, le quiero, y estoy muy inquieta. Sabe usted que no miento, Sterling.

—Sé que no miente. Y precisamente porque me consta, ya tuve en cierta ocasión que jugarle el bigote hablándole a Joe Cairo, para que la dejase en paz. ¿Vuelve a molestarle Joe?

—No, no en el sentido que puede pensarse, Sterling. Pero usted sabe, que ya estoy harta de vivir de la caridad de Beck Garland.

Quiero volver a actuar... Pero a todos los clubs se niegan a contratarme. No por temor a Beck Garland, no.

—¿Cree usted que es Joe Cairo el autor del solapado boicot?

Asintió ella, en silencio.

—Voy viendo, voy viendo —dijo Sterling, imitando sin querer el estilo reiterativo de Beck Garland—. Ha discutido usted con Melvin, porque éste se opone a que usted vuelva al tablado

—No veo nada malo en procurar ganarme la existencia, sin servilismos.

—Yo tampoco, salvo que el momento no es oportuno. Podría aprovecharlo cualquier rival de Beck para desacreditarla

—De todos modos, Beck Garland opina que su hijo casi se deshonró al casarse conmigo.

—Eso ya es historia antigua.

—Pero la historia actual es que Melvin no ha acabado aún sus estudios, y yo no quiero vivir de la caridad de mi suegro.

—Usted no ignoraba que Melvin era un estudiante cuando se casó con él y que el que iba a ser su suegro le pasaba una pensión.

—Lo sabía, pero lo que ignoraba es que existían personas como mi suegro, que estimaban que la pensión para uno basta para dos.

—Procure usted reducir gastos, hasta que Melvin ingrese en la «Gulf Range». Recuerde lo que ya le he repetido otras veces, Sandra. Depende exclusivamente de usted que Melvin se convierta en un hombre de provecho o en un monigote. No tardará Melvin en volver, abrumado por su escapada, y entonces trate de convencerle que es usted la culpable. ¿Quiere que le pida, a Beck que aumente la mensualidad de Melvin?

Era ella tan testaruda y orgullosa como Melvin, pensó admirado Sterling.

—¡No! Prefiero, ayunar antes que agradecerle nada a mi suegro.

—Entonces, haga las paces con Melvin, y esta noche cenaremos juntos. Invito yo. Formaremos un cuarteto completo. Usted y Melvin; Ketty y yo.

Iba ella ya por el jardín hacia el coche. Entrando sentándose tras el volante, dijo:

—La señorita Jardine nunca me consideró digna de los Garland.

—Historia antigua, y Ketty volvió la hoja. Sabe ya que si usted fué novia de Joe Cairo, fué por error juvenil.

Musitó ella:

—Le consideran un perdonavidas desagradable, Clem Sterling. Yo no. Yo le considero un excelente amigo y consejero.

El sol bañaba el césped, y el aire llevaba efluvios de rosales,

naranjos y algas marinas.

Por la avenida unos niños saltaban jugando con un perrazo. Y por unos instantes se olvidó el detective Sterling de las elecciones, los chantajes, las amenazas de muerte y todo lo que hacía la vida desagradable.

CAPÍTULO IV

Bailando, Ketty Jardine retrocedió un poco el rostro.

—Pareces contento, Clem. ¿Cuál es la causa?

—Tú, tu perfume, toda tú...

—Bailemos correctamente, señor Sterling, o bailará usted solo.

Sterling se resignó. Por encima de la cabeza de Ketty veía en la mesita a Melvin Garland y su esposa Sandra. Reconciliados y amorosos.

La señorita Maureen Garland había sido alojada sin incidentes en el establecimiento del doctor Virgil.

Y Clem Sterling experimentaba el orgullo de un artífice estratega, alcanzados los objetivos principales.

—Hay minutos en que creo que serías una excelente esposa, Ketty.

—¿Piensa usted recomendarme a algún maridito ideal, señor Sterling?

—Existe un tal Clem, muy calumniado, que está lampando por ti, nena.

Pero de pronto se olvidó de Ketty. Veía a Melvin Garland, taciturno de nuevo. Aunque de natural tímido y a la vez arrogante, Melvin Garland parecía muy preocupado aquella noche. Y estaba contagiando a Sandra.

La orquesta cesó de tocar, y condujo Sterling a Ketty hasta la mesa.

Levantándose, invitó Melvin Garland:

—¿Este baile, señorita Jardine?

Accedió la secretaria de Beck Garland, y comentó Sterling, apenas se alejaron:

—¿Le pasa algo a su maridito?

—Que yo sepa, no.

—¿Le ha dicho dónde pasó la noche?

—No.

En el bar, rodeado de sus cortesanos, Ernest Gutman, el prohombre rival de Garland, estaba saboreando su cóctel favorito: leche y agua mineral.

De rostro reposado, melena rubia cenizosa y fácil sonrisa, Ernest Gutman, dueño de la Prensa local, tenía unos ojos saltones, vivaces.

Le gustaba aparentar ser un filántropo, altruista y muy transigente. Pero Sterling prefería a Beck Garland, el violento, porque al menos no era como Gutman, un hipócrita redomado.

—Vuelvo en seguida, Sandra.

Acercándose al bar, pensó Sterling que a veces era peor que un pillete callejero. Lo había sido.

Ahora, ya talludo, le gustaba exasperar al solemne Gutman, que estaba perorando:

—...Cerca de veinte millones de excedente tiene el alcalde Martyn retenidos en la caja municipal. Prueba de que pagamos demasiados impuestos, señores.

Reinó un silencio y a cinco pasos, con voz fuerte pidió Sterling:

—Una lechecita con agüita mineral para mí.

El *barman* se convirtió en estatua de sal. Pensaba que un bebedor de leche y agua mineral, tenía pase Pero dos, en la misma noche y separados por cinco taburetes, era casi un sabotaje, una conjura...

Clem Sterling pensó que se acababa de convertir en el punto de mira de la corte de Ernest Gutman. Y pensó también que así empezaban en los *saloons* las reyertas.

El héroe penetraba en «Blood Silver», elegía a su víctima y le declaraba que lo que estaba bebiendo daba asco.

Mirando al *barman*, expuso Sterling:

—Personalmente, considero que un excedente de veinte millones en las cajas municipales, demuestran una sana administración. Y tenga o no razón, al menos los contribuyentes saben que el alcalde es decente.

Ernest Gutman tenía una voz de tribuno. La elevó:

—Joven... —y le tembló la papada de indignación—. ¿Acaso pretende ridiculizarme?

Sterling miró a cada lado suyo, atrás y delante. Después, tocándose el pecho, inquirió:

—¿Va conmigo, caballero?

—Repito, joven: ¿es que pretende usted ridiculizarme?

—Lejos de mí tal osadía —y probando el coctel de leche y agua mineral, lo apartó con gesto de repugnancia—. Lo que yo mantenía, mantengo y sostengo, es que el alcalde Martyn es decente, puesto que en la caja hay veinte millones. Y todas las personas decentes votarán por Martyn. Yo el primero...

Le tocaron en el brazo, y Sandra Dahl susurró:

—Hay un hombre, un pistolero de Joe Cairo, que está tratando de sacar a Melvin del local.

—¿Por qué?

—Han... disparado contra Joe Cairo.

Durante unos segundos, Sterling pensó que del infame brebaje de leche y agua mineral, sólo un sorbo producía ya vértigo.

Recuperó inmediatamente la habitual sangre fría y se dirigió rápidamente hacia el restorán. Las luces estaban tamizadas, y un foco seguía las evoluciones de una bailarina mejicana.

Dos hombres se movían lentamente por entre las mesitas hacia la salida.

El primero avanzaba como si sus piernas fueran de algodón: era Melvin Garland.

Detrás de él a medio metro, un joven elegantemente vestido parecía empujarle suavemente. Con su sombrero en la mano.

Pero no se veía la mano, y sin ser imaginativo, Sterling dedujo que era necesario un argumento más convincente que un simple sombrero para obligar a Melvin a abandonar el local.

Un sesgo de luz jugó en el cabello del acompañante de Melvin. Tenía un mechón blanco encima de la sien izquierda.

Fué el detalle que le identificó como Lou Mitchel, uno de los pistoleros de confianza de Joe Cairo.

Sterling vio a Ketty Jardine interceptándole el paso.

—¿Dónde está Sandra?

—En el tocador —contestó ella.

—Vete allí y que no salga.

Apretando el paso, Sterling alcanzó a Melvin y Mitchel cuando llegaban a una puertecilla, tras el estrado de la, orquesta.

—Hola, Melvin. Hola, Mitchel.

Lou Mitchel torció la boca, descubriendo el incisivo de oro:

—Ahueca, Sterling.

—No. Ni hablar.

Melvin exhaló un suspiro de alivio, pero a la vez susurró trémulo:

—Tiene... tiene un revólver, Clem...

—Pero no lo hubiese empleado ni ahora tampoco lo empleará. Este es un local público, y hay cientos de testigos que ruego podrían identificar a Lou Mitchel. Estuviste demasiado nervioso, Melvin. Si te hubiese disparado, sobran los testigos.

—¡Lo cual a mí me habría devuelto la piel! —exclamó Melvin, furioso.

—Tiene razón el chico —declaró solemnemente Mitchel—. Además, aquí tras los músicos nadie nos ve, y un disparo se despista.

Su sombrero se levantó un poco en su diestra.

—Es verdad —admitió plácidamente Sterling—. Pero ahora ya no es un disparo tan sólo, Lou Mitchel. Te harán falta por lo menos tres, porque a mí con una sola bala, como si nada. Y mientras le zumbas a Melvin, ¿crees que rodaré los pulgares cantando el «matarile, rile, rile»? Vamos, decídete, Mitchel. ¿Por quién empiezas?

La bailarina se había ido, los aplausos habían cesado, y reinaba el silencio momentáneo. Salvo la respiración fatigosa de Melvin Garland.

Lou Mitchel rezongó, fastidiado:

—Joe Cairo está convencido de que es este chico el que le ha largado dos plomos.

—Si es él, yo me ocupo de aclararlo, Mitchel. Palabra.

Lou Mitchel se decidió bruscamente:

—¡Bueno! Pero que sea pronto.

Y se encasquetó el sombrero, conservando el revólver en la palma, bien empuñado. Lo guardó en su funda axilar, y añadió:

—Resuelve pronto, Sterling, porque este chico tiene cuentas que rendir, y volveré por él. Hasta pronto.

Se alejó de nuevo hacia el local, y Sterling conminó:

—Pitando, Melvin. Te contiene otro aire, y explicarme este nuevo lío.

En el taxi reaccionó Sterling. Había pasado un mal momento, si bien había logrado sacar a Melvin de las garras de Mitchel. Un aplazamiento provisional.

—¡No fui yo, lo juro, Clem!

Instalado en el supletorio, esquinado, contemplaba Sterling a Sandra Dahl asiendo las manos de su esposo. Al otro lado de Melvin, Ketty Jardine parecía una diosa griega.

—Lo que ahora importa, ya no es saber si fuiste tú o no, Melvin, sino averiguar por qué Joe Cairo cree que fuiste tú. No hay temor de que Cairo llame a la policía, porque estas cosas le gusta arreglarlas él mismo.

—¡Es preciso que hables, Melvin! —exigió Sandra—. De todos modos, Sterling hará averiguaciones.

Sterling juzgó conveniente atacar por sorpresa:

—¿Dónde estaba usted, Sandra, mientras le metían los dos plomos a Cairo?

—¡Ella nada tiene que ver! —protestó Melvin.

Pensó Sterling que los dos tenían un móvil bien definido: celos

antiguos por parte de Melvin. Rencor por parte de Sandra, ya que estaba convencida de que Joe Cairo era el culpable de que todos los clubs, aun sabiéndola una atracción segura, rehusaran contratarla.

—Prefiero hablar antes que te despistes, Clem —declaró Melvin—. Estuve en uno de los garitos de Cairo, para probar suerte. Estalló una discusión. Uno de los crupiers quiso golpearme, pero me anticipé. Intervino Cairo, y le golpeé también... Me echaron a la calle.

El taxi se detuvo ante el hotel cuya dirección había dado Sterling, que pagó, y entrando en el vestíbulo, preguntó:

—¿Paso anoche?

—Sí.

—Vais a inscribiros como señor James Smith y señora. Os haré enviar ropas. Y esto para los gastos.

Tendió unos billetes. Los cogió Sandra y, enrojeciendo, dijo Melvin:

—Yo no le disparé a Cairo...

Sandra Dahl, asiendo por el codo a su marido, lo llevó hacia Conserjería. Poco después, subían en el ascensor.

Señaló Sterling al bar contiguo:

—¿Una copita? Para reponernos de las emociones.

—Ahora comprendo por qué tienes que beber tanto, Clem.

—Me informé antes de acudir al taxi. Dispararon contra Joe Cairo en un callejón oscuro.

—¿Lo hirieron gravemente?

—Una hala en la carne del brazo, y la segunda en un músculo del cuello. Los dos tiros disparados desde atrás.

Casi no le sorprendió a Ketty ver en una mesa, sonriendo alegremente, a Harry Castel. En compañía de la esplendorosa Lorraine Bryce, la secretaria del doctor Virgil.

Hizo Castel las presentaciones y pensó Sterling, sentándose, que ahora Lorraine Bryce parecía una diosa nórdica y Ketty una sirena de mares azules.

—Ha sido una sorpresa encontrarles a los dos aquí —dijo Lorraine.

—¿A los dos? —inquirió Sterling.

—Primero al señor Castel y después a usted, Sterling.

Si ella quería, que aquello pareciera, casual, a él no le importaba desmentirla

—El mundo es un pañuelo —aseguró Sterling.

Ellas empezaron a hablar de un modelo que lucía una concurrente.

Al lado de Castel, murmuró Sterling:

—El hecho de que el doctor Virgil sea barbudo, no debe hacerte creer que es Papá Noel, Harry.

—¿Es mi culpa si el doctor trabaja demasiado? Una chica como ésta no puede pasarse la velada junto a la radio, ¿verdad?

—¿De quién están hablando? —preguntó Lorraine.

—De un individuo que no conoces, Lorry —sonrió Castel.

Bebieron, y susurró Castel:

—He oído comentar que alguien intentó liquidar a Cairo.

No contestó Sterling, sino que mirando a Lorraine, dijo:

—Espero que nuestra enferma se porte mejor.

—La última vez que la vi estaba terminando su segundo frasco de Bourbon —rió la secretaria, del doctor.

—Celebro que pueda beber en soledad tranquila, de todo reposo. Bien, ya hemos tomado una copita, como era nuestra intención, y ahora nos vamos. Encantado de haberla saludado, señorita Bryce.

En el vestíbulo, preguntó Kitty:

—¿Quién es esa rubia tan llamativa?

—Las rubias a mí no me llaman... Y ésta, precisamente, es una rubia que necesitaría una buena azotaina. No me extrañaría que una noche de éstas el doctor Virgil hiciera horas extraordinarias, aplicándole la adecuada zurra a esta damisela caprichosa.

—Es que Harry Castel tiene mucha simpatía y es guapo. Iré sola en el taxi, Clem. Insisto.

—Muchacha, yo soy de toda confianza...

Le rechazó ella, y cerrando la puerta del taxi, guiñó un párpado por la ventanilla, antes de que el coche se alejase.

Se resignó Sterling a llamar otro taxi, dándole la dirección de la clínica en que estaba hospitalizado Joe Cairo.

Joe Cairo, hasta tendido en la cama daba impresión de pujanza. Sus rubios cabellos divididos por una raya al medio, enmarcaban un rostro macizo, calmoso.

Viendo al visitante, ordenó a sus acompañantes.

—¡Fuera!

Dos individuos abandonaron el cuarto. Uno era Lou Mitchel.

—¿Qué le trae por aquí, Sterling?

Con un bostezo, masculó Sterling.

—¿Puedo presentarle el testimonio de la pena que no siento, Cairo?

—Je, je... Maldita la gracia que me hace usted, sabueso.

—Hablando de perros, aparte usted y yo, ¿cómo es que no hay policías afuera?

—Acaban de marcharse —aclaró Cairo, palpándose los vendajes del cuello y brazo—. No he podido revelarles nada, porque no vi nada. Estaba muy oscuro el callejón.

—Lástima que no haya sido tan discreto con Lou Mitchel.

—No tengo ni idea de lo que me habla, Sterling.

—Quisiera saber por qué envié a Mitchel a recoger a Melvin Garland. Si es realmente Melvin Garland el que le disparó, yo mismo se lo entregaré a usted en bandeja, pero primero quiero estar seguro de que fué él. ¿Comprende, Joe?

Entornados los párpados, brillaban metálicamente las pupilas de Cairo.

—Yo hice un trato con usted, Sterling. Dejaría en paz a Sandra, y así Beck Garland me dejaría en paz. En el trato no estaba previsto que el niño de Garland me tomara, por diana.

—Tampoco estaba inscrito en el pacto que usted prohibiese a los clubs nocturnos que contratasen a Sandra

—¡Eso es una mentira como el Empire Building de grande!

—Le acabo de revelar un móvil posible para que vea que soy sincero con usted, Joe. Ignoro si es Melvin el que le disparó, y al parecer tampoco, lo sabe usted con certeza. Esperemos un poco antes de abrir las hostilidades, ¿no le parece, Joe?

Llamaron a la puerta, y una enfermera asomándose, anunció:

—Una visita...

La apartó el teniente Ben Moore, de la Criminal. Era un hombre delgado, con úlcera estomacal que sus colegas aseguraban se la había producido el amargor de ver ascender a otros más jóvenes y más capacitados.

La mirada del policía pasó de Cairo a Sterling, y exclamó:

—¡Estaba seguro!...

—¿Seguro de qué? —quiso saber Sterling.

—De que fué usted el que intentó liquidar a Cairo.

Sterling trago el humo del cigarrillo en deglución sobresaltada. No había enfocado la posibilidad de ser acusado de aquel intento. Era posible que Moore, aleccionado por Gutman, intentase comprometer a un miembro del clan Garland, y siempre era preferible que fuese él y no Melvin.

Adoptó Sterling un tono resignado:

—Sea... Confieso. Precisamente vine para rematarlo ahogándolo con la almohada, pero su oportuna llegada, teniente, me impidió llevar a cabo mi propósito. Arrésteme y póngame cadenas.

Tendió las muñecas como ofreciéndolas a las esposas.

El teniente Moore podía ser un amargado, pero no era tonto.

—Llegara el día en que me dé este gusto, Sterling —y volviéndose hacia Cairo, añadió—: En cuanto a usted, puede abandonar la clínica cuando quiera.

—Tanta generosidad me abruma, teniente.

Ben Moore volvió a mirar agresivamente a Sterling:

—He oído decir que Melvin Garland fué expulsado de una timba propiedad de Cairo.

—Ese Melvin es un chiquillo retozón, caramba —sonrió Sterling.

—¿No sabría por casualidad dónde está ahora Melvin Garland?

—Ni idea, palabra.

El rostro de Joe Cairo parecía de granito, y celebró Sterling que las preguntas del teniente tuvieran una utilidad. Joe Cairo sabía ya que la policía estaba enterada del incidente, y si le pasaba algo a Melvin, harían responsable a Cairo.

—Este asunto no está terminado, Joe —aseguró Moore—. Saldrá a relucir que usted, Cairo, llevaba un chaleco blindado. Y haré cuanto sea posible por averiguar dónde estaban, a la hora de la agresión, dos individuos llamados Melvin Garland y Clem Sterling.

Abriendo la puerta, remachó:

—Si vosotros dos pensáis ajustaros las cuentas en mi distrito, os saldrá caro.

Joe Cairo, cerrando los ojos, dijo:

—Estoy en una clínica y tengo que reponerme. ¡Fuera los dos!

El teniente Moore abandonó el cuarto. Sterling aguardó un instante, y dijo por fin:

—Nos conviene una tregua de paz, Joe. A los dos.

En la calle, subiendo al taxi, escuchó Sterling al chofer que comentaba:

—Es aquí donde trasladaron al gangster Cairo, acribillado, como en los tiempos de la Ley Seca. Y van dos en la misma noche. Aunque, claro, Bill Meyer no era de la categoría de Cairo...

Irguiéndose, inquirió Sterling:

—¿Quién ha dicho?

—Bill Meyer. Un tipo que tenía un bar en la Sexta Oeste.

—¿Que tenía...? —repitió Sterling.

—«Tenía»... Porque desde el infierno no podrá atender su bar. Lo han encontrado trufado de balas, relleno de plomo, más muerto que el que inventó la manteca.

CAPÍTULO V

El piso en el que hasta aquella noche habían vivido Melvin Garland y Sandra Dahl era modesto, de acuerdo con la pensión mensual otorgada por Beck Garland.

Sterling había venido a recoger algunas ropas para el matrimonio, pero llevaba largo rato inspeccionando las habitaciones. Tanto podía ser Melvin como Sandra autor de los dos disparos contra Cairo.

En la chimenea del cuarto de estar vió unas cenizas recientes. Hurgando, sacó un residuo de pañuelo. El tejido estaba manchado de color pardusco. No hacía falta ir a ningún laboratorio para comprender que aquella mancha era sangre seca.

Con unas páginas de revista hizo otro fuego, hasta reducir totalmente a cenizas el resto del pañuelo. Las desmenuzó, mezclándolas a las de los troncos pulverizados por el fuego.

Abrió la radio, porque era la hora de las noticias. A los diez minutos, pasando de la medianoche, el locutor informaba:

—Joe Cairo, muy conocido en los ambientes deportivos, ha declarado ignorar la identidad de su agresor. La policía sigue la investigación.

Se sucedieron otras informaciones y por fin anunció el locutor:

—William Meyer, propietario de un bar en la calle Sexta Oeste, ha sido muerto a balazos. Su cadáver fué hallado tras el mostrador, donde seguramente intentó buscar refugio, inútilmente. La policía estudia la posibilidad de que la muerte de Meyer esté en relación directa con una reyerta que tuvo lugar ayer noche en el bar, y que originó la detención de una mujer, que fué puesta en libertad tras el pago de fianza y multa. La policía busca a dicha mujer.

Clem Sterling pensó que había sido una medida muy oportuna apartar de la circulación a Maureen Garland, alias «Carol Finlad».

Pasó al dormitorio, rellenando dos maletas con prendas de vestir. Estaba eligiendo uno de los trajes de Melvin Garland, cuando percibió a la altura del bolsillo superior de la americana de un traje de franela gris, una mancha pardusca.

No le habría llamado la atención si no hubiese sido idéntica a la del pañuelo quemado. Cortó los botones, guardándoselos, y procedió a quemar, el traje.

Tiró las cenizas en el lavabo y abrió las ventanas para que se disipase el olor a chamusquina. No había ningún revólver en el piso.

Estaba cerrando la segunda maleta, cuando sonó el timbre de la puerta.

Sterling fué a abrir. Sorprendido, porque su visitante no era el teniente Moore... ni Lou Mitchel.

Era Boyd Conrad, asesor legal de la «Gulf Range». Permaneció Sterling bloqueando la entrada.

—¿Dónde está Maureen? —inquirió Conrad, sombríamente.

—Aquí no está.

—Ni he pensado que estuviera aquí. Venía a preguntarle a Melvin qué hay de cierto en la historia grotesca que me ha contado Dupont, según la cual Maureen ha ido a pasar una quincena con unas amistades en Santa Bárbara.

—¿Y por qué es grotesco que Maureen quiera tostarse al sol marino?

—Sé que usted y Beck Garland estaban preocupados por... las salidas de Maureen. Y no me extrañaría que hubiesen decidido usted y Beck Garland algo violento...

—Eso es. Hemos decidido que vaya a tomar baños de mar en Santa Bárbara. Si no se mueve de allí, obtendrá la libertad de casarse con quien desee.

—Ella es mayor de edad.

—Pero es menor, casi un bebé, en lo referente a moneda. Su hermano ha decidido pasar una vitalicia si no se mueve de Santa Bárbara. Y ahora, buenas noches, Conrad.

Cerró la puerta, y cuando oyó el ascensor bajar, fue a recoger las dos maletas. Las bajó por el montacargas, entregándolas a un chofer de taxi para que las llevase al matrimonio James Smith, en el Hotel Albatros.

En su hotel, encontró Sterling a su ayudante esperándole.

—¿Qué pasó con Lorry Bryce, Harry?

—Todavía nada. Por ahora estoy en el terreno de los reconocimientos tácticos preliminares. Estoy aquí, porque... si empiezan a brotar los cadáveres como las setas, yo me aparto y dimisiono, jefe.

—¿De qué estás hablando?

—De Bill Meyer.

—¿Crees que lo he liquidado yo?

—¿No has sido tú? De todos modos, estoy en el lío padre. La policía busca a la mujer que Meyer denunció. Y de esto a que encuentren al que salió fiador por ella, no hay más que un medio

paso.

—Si te callas, nadie te encontrará.

—¿No será Maureen la que liquidó a Meyer?

—Maureen está prisionera en Montrose.

—Podría ser el patrón, porque no se andará con escrúpulos, si ve en peligro las elecciones...

Se endurecieron las facciones de Sterling:

—Si yo estuviese en tu pellejo, Harry, abandonaría todas las teorías concernientes a los Garland. Sin darte cuenta podrías pensar en voz alta, y entonces... sería para ti poco saludable... ¿Comprendes?

Palideció Harry Castel, pero replicó:

—El que ha matado a Meyer temía que éste le hiciera, chantaje... Caso en que se hallaban Maureen y Beck... Yo estoy mezclado en todo esto. Y no es ya solamente de los policías de los que temo.

Miró significativamente a Sterling, que afirmó:

—Hace tiempo que somos amigos, Harry, y personalmente estoy convencido de que la muerte de Meyer no tiene nada que ver con Maureen. Vete a dormir, y olvida todo esto. Buenas noches.

Al despertarse a la mañana siguiente, bien descansado, decidió Sterling que una ducha escocesa le pondría como nuevo. Y en efecto, le sentó bien.

Pero al regresar a la alcoba, empezó a sentirse menos bien.

Había un hombre sentado en su cama. Era Lou Mitchel.

—Hola, Mitchel —saludó Sterling, apretándose más la toalla en torno a las caderas.

Pero había otro visitante, en pie, junto al umbral del saloncito. Tenía la sólida armazón de un robot, como si estuviera construido en puro hierro.

Su mirada evocaba inmediatamente la del monstruo de Frankenstein.

—Será cuestión de que haga cambiar mi cerrojo porque ambos no habéis podido pasar por el ojo de la cerradura.

Lou Mitchel habló en dirección a su compañero:

—El chico parece loco, pero no lo está, Bugs.

Bugs siguió moviendo la mandíbula inferior como un rumiante, inexpresivo el rostro. Sterling empezó a sentir algo semejante a pánico. Lo motivaba Bugs, con su aspecto de robot.

—He venido porque Cairo desea hablar con Melvin.

—Ya hablé con Joe Cairo acerca de esta cuestión. Ya le dije que si comprobaba que era Melvin el autor de los dos disparos, se lo serviría en bandeja.

—Nos interesa saber dónde está Melvin. ¿Dónde?

—No tengo la menor idea.

Lou Mitchel mantenía sobre sus rodillas su sombrero. Parecía contemplarlo con gran cariño.

—Fui al piso de Melvin. Si no tuviera miedo, ¿por qué se habrían largado él y Sandra?

—Pero, hombre... Cualquiera tendría miedo si tú te asomases con el revólver bajo el sombrero, invitando a un paseo. Cualquiera, después de esta invitación, se buscaría un pozo de unos cien metros de hondo. Y sin embargo, esto no significaría que fuese culpable.

—Hoy ya no es ayer, Sterling. Ayer iba yo solo. Hoy he venido con Bugs. Y deseamos saber dónde se esconden Melvin y Sandra. ¿Verdad, Bugs?

El monstruo emitió un gruñido. Su mirada sin expresión se fijó en el detective. Preguntó roncamente:

—¿Empiezo con él, Lou?

—Sí —aprobó Mitchel.

Bugs sacó su revólver, encañonándolo hacia el estómago de Sterling, que había meditado una pronta retirada hacia el cuarto de baño, pero vió que era imposible.

Llegaría antes el balazo de Bugs. Que avanzaba lentamente hacia él.

Una toalla larga y mojada era una buena arma en aquellos momentos. Sterling la soltó, y de lado, empleó la toalla como un látigo contra los ojos de Lou Mitchel.

Sin soltar su revólver, Mitchel se llevó las manos a los ojos.

Sterling, inclinado, empuñó una silla y la arrojó contra las piernas de Bugs. Y abalanzándose sobre Mitchel le arrebató el revólver.

Pero ya estaba encima suyo Bugs. Sus enormes brazos enlazaron a Sterling como las mandíbulas de una grúa, y apretando emitía Bugs pequeños gruñidos como un cerdo en el comedero.

Sterling vació sus pulmones para poder deslizarse el revólver entre su pecho y el voluminoso torso de Bugs.

Presioné el gatillo. Y tuvo que presionarlo dos veces más, para salvarse de morir por asfixia y rotura de la columna vertebral.

Bugs abrió los brazos, y cayó de lado, muerto.

Sterling sintiendo sus piernas doblarse, tuvo que tentarse en el suelo. Estaba lleno de sudor, y en su boca había sabor a sangre

pulmonar.

Encañonaba a Lou Mitchel, que con un pañuelo limpiábase las lágrimas de sufrimiento en el ojo válido. El otro estaba tan hinchado que no se percibía la córnea.

Murmuró:

—¿Bugs... está muerto?

—Suele ocurrir que quien a hierro hiere, a hierro palma.

Lou Mitchel se arrodilló para auscultar a Bugs. Seguía taponándose el ojo hinchado, y dijo:

—Ahora hay que desembarazarse de Bugs.

—Claro, porque a Cairo no le interesará que el teniente Moore saque deducciones rezándole el responso a Bugs. De momento, yo tengo tu revólver por el mango, Lou. Pasa al cuarto de baño para curarte la pupa, mientras yo me visto.

Estaba ya vestido Sterling, cuando Mitchel reapareció, cubierto el ojo tumefacto con un apósito.

Entre los dos cogieron por cintura y hombros a Bugs. Vacilaban bajo el peso del cadáver, pero parecían dos buenos amigos ayudando a un compañero embriagado a regresar a su casa.

Bajaron por el montacargas, y se dirigieron al callejón donde Lou Mitchel había, estacionado su coche. Las suelas de Bugs rumoreaban arrastrándose por el asfalto.

Antes de volverse a su hotel, Sterling contempló al muerto, sentado, inmóvil en postura erecta, porque bajo sus sobacos había colocado Mitchel dos palancas.

La mirada de Bugs era vidriosa como si contemplara el mundo de la nada. Exactamente igual que cuando estaba vivo.

CAPÍTULO VI

En un rincón del «Cadillac», Beck Garland exhibía una marca igual que el ausente Lou Mitchel. En su ojo derecho, la carne formaba un cerco amoratado. Era evidentemente la huella de un puñetazo.

Clem Sterling, sentándose en el otro rincón, contempló las hombreras del uniformado chofer, que ponía en marcha el lujoso «Cadillac» negro.

—¿Quién te adornó la cara, Beck?

—Si te lo preguntan, contesta que lo ignoras, Clem.

—Envejeces... Antes me habrías contestado que chocaste con una puerta. Y ahora paso a explicarte mis dos encuentros con Lou Mitchel.

Cuando Sterling terminó su explicación, Beck Garland vociferó:

—¡Maldita sea! ¿Era necesario matar a Bugs?

—No, no era necesario. Hubiese podido dejarle apretar más. Me hubiera reventado la caja torácica, y a esta hora llorarías sobre mi tumba.

—Después de esto, Joe Cairo tratará de suprimirte, Clem. ¿Crees que fué Melvin el que trató de matarle?

—Todavía no lo sé. ¿Leíste los periódicos esta mañana?

—No —mintió Garland. Era lo primero que hacía, antes de desayunar.

—Alguien ha reducido al eterno silencio al molesto Bill Meyer.

Parpadeó Garland mirando de soslayo, asustado, al detective.

—¡Dios, Dios! ¿Tú...?

—No, yo no.

—¿Quién entonces? —quiso saber Garland.

—Tú.

Durante algunos segundos el silencio se espesó. Crispando el puño derecho, murmuró Garland:

—Empieza a convertirse en una mala costumbre tuya, acusarme sin pruebas. Y hace años que somos amigos, Clem.

«Las mismas palabras que anoche le dije a Harry», pensó Sterling.

—¿Por qué supones que me rebajaría yo a matar al dueño de un cafetucho?

—Un chantajista que podía vender material para los periódicos de Ernest Gutman. Por ahora, pienso en los que pudieron tener algún interés en que Bill Meyer pasase al estado de difunto discreto. ¿Quién te hinchó el ojo, Beck?

—Conrad... Vino a exigirme que le dijese dónde estaba Maureen. Discutimos y me golpeó.

Sintió Sterling un súbito respeto por Boyd Conrad.

El «Cadillac» se detuvo ante el edificio de la «Gulf Range».

Bajando, preguntó Sterling:

—¿Dónde estabas anoche, hacia las once?

—Pegándole tiros a Meyer, imbécil —gruñó Garland, furioso.

Un vendedor de periódicos agitó la hoja impresa ante los dos hombres.

Un titular en enormes mayúsculas preguntaba:

¿Dónde está Carol Finlad?

En el despacho particular de Garland, dijo Sterling:

—En cierto modo me aliviaría saber que fuiste tú el que mató a Meyer. Así, al menos, estaría seguro de que Meyer no habló a nadie con respecto a Maureen

—¿Carol Finlad? —murmuró Garland, entornando el párpado izquierdo—. ¿Dónde diablos he oído este nombre?

—No te escarbes las meninges. Es el nombre que dió Maureen ante el juez. Es también el nombre con el que está inscrita en el sanatorio. Lo malo es que también el doctor Virgil sabe leer, como su personal...

—Es que el nombre de Carol Finlad me suena de hace tiempo.

Detuvo Sterling el gesto de encender su cigarrillo. Gruñó;

—No me digas que Maureen empleó el nombre de una persona existente. Trata de recordar, Beck. Después sería tarde.

—¿Tarde para qué?

—¡Para impedir que la verdadera Carol Finlad entre en escena también! Porque apenas lea el periódico, se pondrá nerviosa, o la policía dará con ella. Hurga en tu memoria, Beck...

—¡Ya está! Carol Finlad es una modista que hace algún tiempo vestía a Maureen.

—No cabe duda que Maureen es un caso. Para cubrir su identidad no se le ocurrió nada mejor que tomarle el nombre a su modista, el de una mujer que la conoce.

Sterling fué a bajar la palanca del dictáfono, pero comprobó que estaba ya comunicando con el despacho de la secretaria. Por lo tanto, Ketty Jardine había oído toda la conversación.

—¿Ketty? Hola, aquí Sterling, como ya te habrás enterado, puesto que eres la secretaria de toda confianza. Trata de ponerte en contacto con Harry Castel, y si no lo consigues, vete a Montrose. De mi parte. Es preciso sacar a Maureen de Montrose. Conviene que, por ahora, la policía no pueda relacionar a Maureen con Meyer. No es que crea que ella ha matado a Meyer, pero sería igualmente un escándalo de Prensa. ¿De acuerdo, Ketty?

—Ahora mismo. ¿Me autoriza, señor Garland?

—¡Sí! —vociferó Garland, quitando la comunicación:

Añadió pensativo, mirando a Sterling:

—¿La policía busca a Carol Finlad?

—Sí, y yo también voy a hacer lo mismo. También busca la policía al supuesto hermano de Maureen... Bueno, de la supuesta Carol Finlad. En cuanto al doctor Virgil, estoy seguro de que no hablará. Voy a ver si consigo encontrar a la verdadera Carol Finlad.

En el Anuario de nombres y calles, constaban tres «Carol Finlad». Un apellido irlandés, muy extendido. También el nombre de Carol. Copió las tres direcciones y tomó un taxi.

La primera Carol Finlad era taquimeca.

La segunda habitaba un pequeño chalet, en cuyo poste de entrada se leía: «Alta Costura».

Sterling hizo detener al taxi unos cincuenta metros más allá. Pagó y, deshaciendo camino, inspeccionó los alrededores.

Un barrio tranquilo y ningún varón oliendo a Comisaría.

Penetrando en el jardín del chalet, no sabía aún lo que le diría a la legítima Carol Finlad. Esperaba que fuese, al menos, una mujer comprensiva.

Llegando a la puerta bajo el porche, pulsó el timbre. Oyó perfectamente el tintineo interior. La puerta estaba entreabierta.

Pasaron minutos. Nadie acudía.

Clem Sterling entró, empujando la puerta, con las espaldas. En el centro del vestíbulo, llamó:

—¿Hay alguien en la casa?

Nadie contestaba. Sterling repitió la llamada, para oír solamente el eco de su voz resonando en la casa.

Penetró en la sala contigua, mitad salón, mitad taller

Y vio a Carol Finlad.

Inclinada sobre la máquina de coser. Con la cabeza apoyada en un antebrazo, como si se hubiera adormilado trabajando.

Pero el mango de un cuchillo plantado entre sus hombros, revelaba que Carol Finlad no se despertaría nunca más.

Sterling se acercó tocando la mejilla. Tenía nociones de

medicina forense.

Aquella mujer había muerto muchas horas antes. Aproximadamente hacia la medianoche.

Y armarios, cajones, cestas... todo había sido registrado. Clem Sterling abandonó el chalet por la puerta trasera.

Al volante de su coche de alquiler, porque ya no quería emplear más taxis, cuyos conductores, pudieran luego testimoniar acerca de sus visitas, Clem Sterling iba ascendiendo la carretera hacia el sanatorio del doctor Alex Virgil.

Frenó al ver a una joven que estaba pugnando por cambiar un neumático de su coche. Era una joven que inspiraba optimismo. Y lo necesitaba Clem Sterling, que bajando de su coche, dijo:

—Buenos días, señora. ¿Puede serle útil?

Ketty Jardine asintió, frotándose las manos llenas de grasa y lodo:

—Creo que en este momento, mucho.

A lo lejos se silueteaba el soberbio edificio de Montrose.

—¿Hace tiempo que estás aquí, Ketty?

—Una media hora, y estoy segura de que por el desierto Mohave pasan más coches que por esta carretera. No pude localizar a Harry Castel, pero dejé encargado que le comunicasen que telefonara a Beck Garland, quien le dirá a Castel que venga a reunirse con nosotros en Montrose.

Clem Sterling iba procediendo al recambio. No pensaba citar la muerte de la legítima Carol Finlad.

—Ya está en forma, Ketty. Puedes volver a la oficina.

—¿Sigues al lado del dictador Beck?

—Hace años, Beck me salvó la piel. Tengo sólo la que me ves, y soy un sabueso agradecido. Y aunque no esté de acuerdo con Beck en ciertas cosas, he decidido sacarle de apuros... hasta que pase el período de elecciones. Después... te invitaré a pasar una luna de miel en una isla desierta.

—De aquí a que pase el período de elecciones, pueden suceder muchas cosas... graves, Clem.

Un coche bajaba procedente de Montrose. Con dos ocupantes en el asiento delantero. Al pasar frenó un poco, pero siguió su marcha descendente.

Tuvo tiempo Sterling de ver un rifle de caza a través de los muslos del que estaba junto al volante. Extraño, pensó, porque la veda aún no había sido levantada.

—Vuelve a tu oficina ahora mismo, Ketty.

Y pasando al volante de su coche, Sterling pisó el arranque, conduciendo hacia el sanatorio.

En el gran vestíbulo, el cabello color de miel de Lorraine Bryce tenía reflejos preciosos. No llevaba su uniforme blanco almidonado, sino un sastre oscuro, muy elegante.

Viendo a Sterling, pareció ella no sólo sorprendida sino asustada:

—No... he oído su coche, Sterling.

Y bajando la voz añadió:

—Le ruego no diga nada de mi encuentro con Harry Castel anoche...

—Soy mudo como una tumba vacía, señorita. ¿Y cómo va la salud de mi enferma?

—No muy bien.

—¿Un exceso de whisky?

—En cierto modo, sí. No sé si sabrá que solemos mezclar un sedante en el alcohol que a dosis decrecientes permitimos que tomen los dipsómanos.

—Fina palabra para mentar a los borrachos. ¿Y qué pasó con el sedante?

—A veces les produce una leve indisposición.

—He venido a ver a la señorita Carol Finlad este o no indispuesta.

—Está en tratamiento, y creo que el doctor Virgil en estos momentos se halla con la señorita Finlad. Voy a verlo.

Poco después, aparecía el doctor Virgil. Tenía los párpados enrojecidos como si hubiese pasado la noche en vela.

—Buenos días, señor Sterling. ¿A qué debo el honor de su visita?

—A la señorita Finlad. Ciertos acontecimientos que acaban de producirse hacen ya imposible prolongar su estancia aquí, doctor.

—¿Acontecimientos? ¿Cuáles?

Lorraine Bryce apareció tras el doctor. Se había cambiado la ropa. Era ahora una magnífica estatua blanca.

—¿No leyó los periódicos, doctor? —insinuó Sterling.

—Sí, pero no establecí relación... De todos modos, ahora ella está reposando. Pasó muy mala noche, y tuve que administrarla calmantes. ¿Por qué no vuelve esta noche, después de cenar, señor Sterling?

Clem Sterling rebatió secamente:

—¿Es que supone que de aquí a la noche darán con ella?

—No pensará que ella... se ha escapado...

—Es precisamente lo que pienso. He visto a dos guardianes bajando la carretera. Uno con un rifle. La señorita Bryce está inquieta... Usted también, doctor.

Las espaldas del doctor Virgil parecieron perder anchura. Murmuró:

—No se consigue nada con ocultarlo. En efecto, se ha fugado.

Entró en su despacho, siguiéndole Sterling. Lorraine Bryce no.

—¿Qué piensa hacer, Sterling? —preguntó Virgil.

—Oírle a usted, de momento.

—¿Es ella la que ha...? ¡Diantres, señor Sterling!... Pudo advertirme que ella tenía... ¿cómo diría yo...

—¿Tendencias homicidas contra dueños de bar? —sugirió el detective.

—Ese hombre, ese Bill Meyer...

—No lo mató Maureen. Pero la policía podría pensarlo así. Y es aquí, donde usted entra en escena, Doc.

—¿Yo? —balbució Virgil, sinceramente sorprendido.

—En carne y cerebro. Si la policía viene a investigar, declarará que Maureen Garland no abandonó ni un segundo este local. Declarará que no la perdió de vista ni un segundo.

—Pero, ¿y si no la encontramos?

—La encontraré, pero mientras, llame de nuevo a sus guardianes. Cuanta menos gente esté enterada de la desaparición, mejor. ¿Cuántas personas lo saben?

—Yo, la señorita Bryce, la enfermera Parker que vio el cuarto vacío, y tres enfermeros dos de los cuales son los que vió usted en la carretera. Claro que, salvo yo, nadie sabe que Carol Finlad es Maureen Garland.

—Es preciso que a todos ellos les inculque la necesidad y conveniencia de declarar en el sentido de que ella no abandonó el establecimiento.

—¿Y si la policía detuviera... a Maureen Garland antes que la encontrásemos? No, no me gusta nada todo esto, señor Sterling.

—Me temo que le gustará aún menos al ir transcurriendo las horas, Doc. Pero es por su culpa. Le recomendé una vigilancia muy hermética. Quiero ver la habitación que ocupaba Maureen...

Sonó el teléfono. Lo cogió el doctor, escuchó y lo tendió:

—Para usted.

Era Beck Garland Su tono tremaba de nerviosismo contenido.

—...¿Qué demonios es la nueva historia a propósito de Maureen?

—...¿Cómo sabes que estaba aquí?

—...Ketty Jardine acababa de comunicármelo. ¿Sigue Maureen en ese sitio, Clem?

—...¿Qué te hace imaginar lo contrario?

El gruñido de Garland habría hecho palidecer de envidia a un mastín.

—...Un desconocido acaba de telefonarme. Me dijo si quería saber dónde estaba Maureen. Y añadió que no me gustaría que la policía fuese informada del lugar donde está Maureen.

Por la ventana vió Sterling el coche conducido por Harry Castel. Venía oportunamente su ayudante.

—...¿Qué más te dijo tu misterioso comunicante?

—...¿Está sí o no Maureen ahí? Y si está... ¿quién diablos ha matado a Carol Finlad?

—...Tu informador debió citar una cantidad. ¿Qué tarifa para que se callase?

—...¡Cien mil! —bramó Garland—. Y ahora, por el amor de Dios, ¿está o no está Maureen ahí contigo?

—...Me temo que no —suspiró Sterling, colgando.

Unas sábanas anudadas entre sí se enrollaban junto a la ventana, amarradas por un extremo al radiador de calefacción.

El doctor Virgil, Lorraine Bryce, y la enfermera Parker contemplaban al detective Sterling sin la menor amenidad.

—Me gustaría poder fijar con cierta exactitud la hora en la que mi recomendada estimó conveniente, irse sin despedirse, enfermera Parker. ¿Fué usted la última en verla?

Mary Parker, morena, huesuda, y poco agradable de ver, contestó secamente.

—Sí.

—¿A qué hora?

—A las nueve de la noche. Abrí la puerta, y parecía estar durmiendo.

—¿Cerró con llave la puerta?

—¿Cree usted que es por amor al deporte por lo que ella, empleó la ventana? —rebatíó, indignada, la enfermera Parker.

Sterling vió a Harry Castel, muy cerca de Lorraine Bryce. Esperó que el doctor Virgil, demasiado preocupado, no percibiera la maniobra envolvente del joven y enamorado ayudante Castel.

—¿A qué hora comprobó su desaparición, enfermera?

—A las siete de la mañana.

—¿No llamó durante la noche?

—No.

Sterling señaló el teléfono sobre la mesita de noche:

—¿Y esto?

Intervino en la conversación el doctor Virgil.

—¿Cree usted que telefoneó al exterior para conseguirse complicidades?

—Es bastante posible. Y ahora, pasaré a examinar el sitio del jardín por donde escaló el muro, según deduce usted, doctor.

Lorraine Bryce y la enfermera se quedaron en el vestíbulo, y el doctor acompañó a los detectives al jardín.

Guiñándole un ojo a Sterling, comentó Castel:

—Iba lista la ciudad, Doc, si fuese usted el director del Parque Zoológico.

Alzó los hombros el psiquiatra, dando a entender que no apreciaba los chistes. El sol iba declinando.

—He aquí el sitio —dijo Virgil, señalando una acacia junto al muro.

Miró Sterling a lo alto del muro, sembrado de trozos de vidrio. Presentó las dos manos entrelazadas a su ayudante, que se encaramó:

—¿Ves algo, Harry?

Harry Castel tanteó cuidadosamente entre los vidrios puntiagudos, hasta recoger una pelusa negra, que saltando al suelo, tendió a Sterling:

—Astrakán de abrigo femenino, Clem.

—Y ella trajo su abrigo de astrakán negro.

Una campanilla de amplificado sonido, repercutió a intervalos.

—Me llaman, señores. Si me necesitan, ya sabrán encontrarme.

Se dirigió hacia el edificio principal, y preguntó Castel:

—¿Qué deduces, Clem?

—Todavía nada en concreto. Hay algo poco convincente en esta historieta, de fuga. Demasiadas huellas bien preparadas. Tengo la impresión de que Maureen no salió por su propia voluntad. Sabía que permaneciendo aquí, se ganaba una renta vitalicia, y la libertad de casarse con Conrad...

Iba caminando hacia la casa, y añadió:

—Supongo que los periódicos hablarán ya del segundo crimen.

—¿El asesinato de Carol Finlad? La radio daba ya la noticia... Y a propósito de lo que te dije ayer, Clem. Eran los nervios. Yo estoy contigo hasta el final, como tú con Beck.

—Olvidado. ¿Sabes la última novedad? Un desconocido ha telefonado a Beck, diciéndole que pague cien mil a cambio de

silenciar lo que sabe.

—¡Vaya ansioso! ¡Cien mil nada menos! Una cantidad que deslumbra a cualquiera...

Deteniéndose en el jardín que empezaba a ser invadido por las sombras, inquirió Sterling:

—¿Para cuándo tu próxima cita con Lorry?

—Me estoy arrugando, y no por culpa de ella ni mucho menos. Es que pienso en Virgil, y me parece de cuidado. ¿Por qué me lo preguntas?

—Es posible que no sea sólo Virgil quien sepa la verdadera identidad de la fugitiva. A falta de mejor, imaginaremos que se escapó. Ya has sabido encontrarla otras veces, Harry. Tal vez ahora tengas suerte. Verifica un recorrido por los lugares de costumbre, incluido domicilio de Boyd Conrad.

Pasaban delante de las ventanas del despacho de Virgil. Oyeron voces enzarzadas en discusión. Se aproximó Sterling y por entre los «gradulux» vió al doctor Virgil en pie, enfrentado a un visitante colérico.

El visitante era Boyd Conrad, aspirante a la blanca mano de Maureen.

—...usted miente, doctor. Ella está aquí.

—Me canso ya de repetirle que no está.

Pensó Sterling que el doctor Virgil estaba corriendo el riesgo de lucir un ojo a la funerala.

—Ella ha estado aquí.

—¡No!

Tendió Conrad un índice acusador:

—Entonces, ¿qué hace el coche de Sterling aquí?

Apartándose, susurró Sterling:

—Quédate aquí, para asegurarte que nadie escucha en las ventanas.

Dió la vuelta al edificio, y entrando en el despacho, se dirigió hacia Boyd Conrad:

—Creo que le interesa saber por qué estoy aquí, ¿no?

—En efecto y además quiero saber dónde está Maureen. Todo lo que ocurre no me gusta, pero si tuviera la certeza de que se han limitado solamente a recluir a Maureen mientras llegan las elecciones...

—¿Qué le hace suponer que Maureen estuviera aquí?

—No creí ni un momento en el cuento que me recitó el mayordomo. Si Maureen hubiese ido a Santa Bárbara, me lo habría notificado. Y entonces pensé que posiblemente, Beck Garland dió la

orden de recluirla.

—¿Y ha ido visitando todas las casas de orates?

—Eso es.

—Mal hecho, porque era preferible que nadie supiera que Maureen ha desaparecido.

—¿Ha... desaparecido?

Y después de su balbuceo, Conrad readquiriendo aplomo, se dirigió al teléfono:

—Ya es tiempo que las autoridades sepan todo esto...

Iba a tocar el teléfono, cuando Sterling movió el brazo derecho. En gancho corto, que alcanzó de lleno la punta del mentón de Conrad.

Un «k. o.» perfecto. No le dejó caer Sterling, que se lo cargó al hombro.

—Es preciso retirar de la circulación a este muchacho, doctor, o si no dentro de poco toda la policía invadirá su loquilandia.

Respirando con dificultad, baló Virgil:

—No pensará usted... liquidarlo... en fin... dejarle...

—Oh, no, doctor. El señor Conrad es un amigo de la familia Garland, y además un enamorado.

Abrió un ventanal, saliendo a la terraza. Le seguía Virgil, completamente alelado.

Sterling cogió por el cabello a Conrad, inerte sobre su hombro:

—¿Verdad que está muy enamorado, Conrad?

Agitó el cabello, y la cabeza de Conrad pareció asentir con vigor.

—Hemos de ser tolerantes con los pobres enamorados, Doc. Hasta otra.

Sterling echó a Conrad al interior del coche, y abandonó el sanatorio.

CAPÍTULO VII

Aquel terreno pertenecía a una urbanizadora que Abandonó las obras. En una de las alamedas desiertas, junto a un álamo, el «Buick» estaba detenido.

Boyd Conrad tenía sus muñecas unidas al votante con esparadrapo. A su lado, Clem Sterling manifestó:

—Puede gritar, que nadie más que nosotros dos nos enteraremos. Está usted furioso, pero ha de comprender que no podía hablarle allí.

Señaló Sterling la colina donde las luces del sanatorio Montrose titilaban como estrellas.

—Si está usted enamorado de Maureen no lo demuestra, porque con su comportamiento la pone en peligro.

—¿Por qué... la ha hecho desaparecer... como si ella huyese de un crimen que no ha cometido?

—Yo no la he hecho desaparecer. Usted es inteligente, Conrad. Hágase dos preguntas. ¿Qué nos perocupa actualmente a Garland y a mí? Las elecciones. ¿Qué las echaría a perder? Precisamente, cualquier accidente relacionado con Maureen. Mientras no se demuestre lo contrario, usted es para mí, como otras personas, un sospechoso. Pero por un instante, admitiré que es usted inocente.

Contó Sterling la reyerta en el bar de Meyer, la aparición de Maureen bajo la identidad de Carol Finlad ante el tribunal, el pacto que había convenido con Maureen, y las muertes de Meyer y Carol Finlad.

—¡Es imposible que Maureen... haya matado...!

—Desgraciadamente, Maureen es una alcohólica. Y bajo la influencia del alcohol, ella pudo creer que Meyer y Carol supusieran un peligro de chantaje, que le haría perder a ella su renta vitalicia y su libertad.

—Pero suponiendo esto... ella habría vuelto a Montrose, porque era precisamente su coartada.

—Pudo alguien impedirselo. Alguien que luego telefoneó a Beck pidiéndole cien mil dólares para guardar silencio. Cien mil dólares es una fortuna que deslumbra a cualquiera. Usted mismo no es rico, Conrad.

Crispó los puños Conrad, pese al esparadrapo.

—Quiero razonar, Sterling. ¿Y si todo no fuera más que fruto de la imaginación de Garland? ¿Y si no existiese el chantajista? Beck Garland no se anda con escrúpulos.

—Es posible, pero lo descarto. El chantajista puede ser usted, yo, Harry Castel, el doctor Virgil, su secretaria, la enfermera...

—Y también el enemigo político de Garland, Ernest Gutman.

—Gutman no habría pedido cien mil dólares. Se habría limitado a iniciar un bombardeo escandaloso desde sus periódicos.

—Meyer pudo visitar a Gutman.

—¿Y Gutman iba a matar a su principal testigo?

—Pero es posible que por un conducto u otro se enterase, y su petición de cien mil dólares no fuera más que una artimaña. Y que reserve la artillería pesada para el momento oportuno, obligando a retirar la candidatura, de Martyn. En fin, usted lo averiguará.

Hubo un silencio, y añadió lentamente Conrad:

—Me preguntó antes si yo estaba enamorado de Maureen. Al principio experimenté por ella un poco de ilusión. Después... me desilusionó. Yo soy miembro de una especie de club... constituido por antiguos bebedores que lograron enmendarse... Conocimos los horrores de esta pasión, y tratamos de ayudar a los dominados por este vicio... Moralmente, me comprometí a intentar salvar a Madreen... ¿Ridículo, no?

—No, no es ridículo —dijo, gravemente, Sterling.

Fué quitando el esparadrapo. De nuevo experimentaba respeto por Boyd Conrad. Era un pobre idealista.

Entrando en el vestíbulo de su hotel, pidió Sterling al conserje si tenía correspondencia, o alguien había preguntado por él.

Sin mover apenas los labios, como si fuera un ventrilocuo, informó el conserje:

—La policía. Le esperan junto al ascensor.

—¿Alguien más?

—Señorita Ketty Jardine, que le telefonee. Y el matrimonio Smith, del Hotel Albatros, también ha llamado. No he dicho nada a la policía.

—Gracias.

Sterling pasó al kiosko para adquirir el periódico. La policía buscaba con intensidad a la «mujer misteriosa». Con dos asesinatos en su haber, la «mujer misteriosa» estaba a punto de convertirse en el enemigo público número 1.

Doblando el periódico, Sterling se dirigió al ascensor. Manifestó

una gran sorpresa al ver a los tenientes Moore y Toby Preston.

—Caramba, caramba... ¿Qué tal Moore? Celebro verle, teniente Preston.

Ben Moore tenía un aspecto lóbrego, con su largo abrigo oscuro. Toby Preston, con su impermeable arrugado, sus zapatos de suela crepé, y su fieltro calado hasta las orejas, personificaba al polizone clásico.

Masticaba un puro apagado, y encima de su corbata mariposa, de presillas, su rostro redondo tenía el color de una salchicha.

Pero Clem Sterling, fanático de la moral en los demás, hubiese querido que todos los policías fuesen como Toby Preston. Inteligentes, honrados y tolerantes.

—¿Puede concedernos unos instantes? —inquirió Moore.

—No faltaría más —aseguró jovialmente Sterling pero inquieto íntimamente.

La cortesía en Ben Moore, era un mal síntoma.

—Podemos sentarnos aquí y charlar.

Moore señaló el ascensor:

—Prefiero subir a su nidito Sterling.

El detective privado miró a Toby Preston:

—¿Por qué la toma conmigo su colega, Preston?

—No nos obligue a ponernos violentos, Clem. Un par de preguntas nunca dañan.

—Según.

Subieron silenciosos en el ascensor. En el salón, colgó Sterling su abrigo en el armario, aprovechando la ocasión para ocultar el revólver propiedad de Lou Mitchel.

—¿Una jornada atareada, Sterling? —silbó Moore.

—Trabajando para Garland no queda tiempo para aburrirse.

Escancié whisky en tres copas. Mojó en la suya los labios el teniente Moore, antes de manifestar:

—Toby Preston y yo trabajamos en dos asuntos distintos, pero tenemos la sospecha de que pueden estar relacionados, ¿no oyó nunca hablar de una tal Carol Finlad?

—Ni idea.

Pasó Moore a la alcoba, regresando con un marco en el que estaba una fotografía conjunta de Beck, Maureen y Melvin Garland.

Mostró el marco, de modo que cubría a Beck a y Melvin con una mano.

—Cuando encontramos el cadáver de Carol Finlad, requerimos al agente que la detuvo en el Bar Meyer, al juez que la sentenció, y al ujier. Ninguno de los tres pudo reconocerla. Y por otra parte,

tenemos una buena descripción de la mujer misteriosa que compareció ante el juez, acusada de embriaguez y escándalo en el Bar Meyer.

Hablando, intentaba Moore sacar la foto del marco.

Clem le atajó:

—Posiblemente, cree usted que la mujer en cuestión es Maureen Garland. De todos modos, teniente Moore, le aconsejo que deje este marco tal como está con su contenido intacto

Un destello de siniestra jovialidad iluminó el semblante de Moore:

—Si no es ella, no tiene nada que temer, Clem.

—Se equivoca, Moore, y si prosigue por este terreno los periódicos armarán jaleo. Podría haber una denuncia de Garland por calumnia, abuso de autoridad, libelo... ¿Le gusta su cargo, teniente Moore?

Intervino rápidamente Toby Preston:

—Si pudiéramos interrogar a Maureen Garland... Bastaría que nos dijese dónde pasó la noche anteayer.

—¿Por qué no? Ya saben su dirección, ¿verdad?

—Es que ella no estaba...

—¡Maldito sea el corcho! —gritó Moore—. Le estás diciendo a él todo lo que quiere saber, Toby.

—¿Estuvieron en casa de Garland? —preguntó Sterling, amablemente.

—¿Y qué, si así fuera?

—Háganme caso. Todo esto me huele a apañío politicastro, y es terreno resbaladizo. En media hora, yo puedo encontrar media docena de rubias parecidas a Maureen. ¿Por qué, precisamente, la buscan a ella?

El rostro de Presten se crispó:

—Cuidado, Sterling, con las insinuaciones. No le permito a nadie que diga que yo puedo servirle de monigote a ningún político.

—A usted no le acuso, Preston. Pero tengo la impresión de que alguien está resbalando.

Miró a Moore, añadiendo:

—¿Cuánto paga Ernest Gutman por comprometer a Beck Garland?

Ben Moore dio un paso adelante:

—Por mucho menos, les he hecho saltar los dientes a varios tipos listos.

—Es posible, pero vayamos al grano, teniente Moore. Si tiene pruebas, sáquelas. Y si no, vaya con cuidado.

—Un momento, un momento —intervino Preston, apaciguador—. No es discutiendo como llegaremos a resultados positivos. Ben me ha sugerido que la descripción dada por agente, juez y ujier, podría ser la de Maureen Garland. ¿Qué mal hay en que fuéramos a ver si la encontrábamos?

—Eres un blanducho, Toby —recreminó Moore.

—Pienso en que a otros les expulsaron por resbalar, Ben.

—¡Vamos a ver! ¿Es normal que los criados en casa de Garland no sepan dónde está Maureen? ¿Es normal que preguntemos por Melvin y su cabaretista de esposa...?

Chasqueó la lengua Sterling:

—¡Chhtttt, chhttt! Sandra Dahl fué estrella de revista, y hoy es una esposa honesta, teniente Moore. Libelo, calumnia... Artículo catorce.

—¡Vamos a ver! ¿Es normal que no se sepa dónde están Melvin y su esposa? ¿Y que usted se pase el día donde el diablo sabrá?

—Entonces, enséñeme un documento acreditando que usted tiene derecho a meterse en la vida íntima de los demás ciudadanos honorables. Desde este mismo instante, renuncio a seguir contestando correcta y disciplinadamente. A usted no le aprecio, Moore, y le consta. A usted le aprecio, Preston, pero tengo que mudarme, tomar una ducha y cenar. Si se dan cuenta de la indirecta, ya saben dónde está la puerta.

Ben Moore pareció meditar entre embestir o coger el pomo de la puerta. Se decidió por esta última acción, pero al abrir, barbotó:

—¡Te pescaré, Clem Sterling, y las pagarás todas juntas!

—Amén —murmuró Sterling, coincidiendo con el portazo.

Empezó a desvestirse. Y el teniente Preston opinó:

—Hace usted mal en exasperar a Moore.

—Es posible que hice mal al acusar a Moore de dejarse convencer por Gutman. Pero con usted puedo portarme mejor, Preston. Sepa que la coartada de Maureen Garland si se supiera podría perjudicar tanto a Beck Garland como si fuera ella la que hubiese cometido los delitos de que la quieren culpar.

—Yo no la acuso de nada. Lo que sucede es que el fiscal nos está abroncando a propósito de las muertes de Meyer y la Finlad, y no sabemos siquiera por dónde empezar la investigación.

Disimuló Sterling su satisfacción.

—Supongamos que yo le revelo el lugar donde estuvo anteayer por la noche y la reciente, Maureen Garland. ¿Qué haría usted?

—Guardarlo secreto... si comprobaba que era verdad.

—¿Tendría que decírselo a Moore?

—Escuche, Sterling. Se equivoca con respecto a Moore. Tiene mal genio, pero no es un mal sujeto. No admite sobornos de nadie.

—Yo sólo creo en la honradez de usted, Preston. Y no es coba. Tengo mi archivo particular con referencia a la policía, y usted es de los primeros en cuanto a honradez.

—Gracias. ¿Dónde pasó la noche Maureen Garland?

Pensó Sterling que más valía sacrificar la virtud de Maureen:

—Con Boyd Conrad. No apruebo su conducta, pero hay que tener en cuenta las humanas flaquezas. Pero también para evitar que Garland y sus rivales pudieran enterarse, obligué a Maureen a abandonar la ciudad.

—¿Hablará... Conrad?

—Es un caballero, y además abogado, pero tal vez consienta, si usted sabe interrogarle.

Ya en la puerta, se volvió Preston:

—Me olvidaba... Anteanoche, alguien intentó matar a Joe Cairo. Esta tarde en un rincón del muelle han encontrado el cadáver de un tal Bugs, que era un escolta de Cairo. ¿Conocía a Bugs?

—Ni idea. Sería un nuevo recluta.

—Tenemos la sospecha de que pudo ir a interrogar al joven Melvin. ¿Sabe dónde está Melvin?

Sterling juzgo prudente indignarse:

—¡Vaya ideas que tiene este malpensado de Ben Moore!

—No se trata de Moore... Sabemos que Melvin se casó con la novia de Joe Cairo. Y éste, no iba a aceptarlo tan dócilmente. Por lo tanto tiene Melvin un móvil para defenderse y contraatacar.

—Si fuese así, ya lo hubiese denunciado Cairo.

Los ojos grises del teniente Preston demostraban cansancio:

—No me tome por tonto, Clem. Tenemos tanto interés en los pasos de Joe Cairo, que prefiere arreglar sus asuntos personalmente, como en los suyos mismos, Clem, por la misma razón, aunque usted trabaje a sueldo decente de Beck Garland. Para resumir, yo no acuso a Melvin Garland de andar disparando y matando. Pero es preciso que todo esto cese. Y cesará, porque los polizontes de la ciudad, yo el primero, estamos ya hartos. ¿Entendidos, Clem? ¿No tiene nada más que decirme?

—No.

Suspirando, comentó Preston:

—Usted es mayor de edad y responsable de sus mentiras, Clem —salió, cerrando lentamente la puerta. Moore había dado un portazo. Pero la suavidad de Toby Preston era más impresionante.

Tras telefonear a Conrad, Clem Sterling, bajo la ducha, bufó

como si hubiera estado verificando ejercicios muy violentos. Mentir era a veces muy pesado. Sobre todo, mentirles a los tenientes Moore y Preston.

CAPÍTULO VIII

Duchado, afeitado, y luciendo un cruzado color marengo, abrigo *beige* raglan, y encasquetándose un Borsalino Sterling iba a cerrar la luz, disponiéndose a salir, cuando llamaron a la puerta.

Una llamada netamente femenina. Abrió, sorprendido al reconocer a Lorraine Bryce, que con su vestido negro parecía más un maniquí que una enfermera

—¿Puedo entrar, Sterling?

El detective, abriendo del todo la puerta, hizo un saludo versallesco.

—Le suplico se digne penetrar en mi humilde choza, Lorry.

Sentándose en el diván, dijo ella:

—No le soy simpática, ¿verdad?

Poniéndose la diestra abierta sobre el corazón, protestó Sterling:

—Usted me deslumbra, pero les temo a las rubias.

—Ya... Por la experiencia con la señorita... Finlad nuestra ex-enferma. ¿Tiene noticias de ella?

—Ninguna.

Sonriendo ambigualmente, preguntó ella:

—¿Cuál es la verdadera identidad de nuestra ex-enferma? Sé leer, y los periódicos hablan del cadáver de Carol Finlad, pero la foto no corresponde a nuestra ex-enferma. Y quiero conocer qué papel desempeñaba en todo esto el doctor Virgil. Me interesa saberlo, porque el doctor Virgil es mi prometido.

—Ah... ¿Y Harry Castel, entonces?

—Un encuentro fortuito, nada, más. Por cierto, que también he venido para hablar de la señorita que anoche estaba con usted. No recuerdo su nombre.

—Ketty Jardine —silabeó Sterling.

Cubrió con dos dedos, el temblor de su labio superior, el tic furioso.

—Me parecía haberla ya visto. Y hoy supe dónde. Mi prometido conserva una colección de fotografías como ésta.

Tendió a Sterling una fotografía postal. De Ketty Jardine, la secretaria de Garland.

En la esquina inferior había una dedicatoria: «Afectuosamente, Ketty».

Endurecidas las facciones, rezongó Sterling:

—No veo la importancia de esta foto, Lorry.

—¿No está usted enamorado de Ketty?

—Es posible. ¿Y usted del doctor Virgil?

—Estoy loca por él, salvo los días en que lo mataría con alegría, porque es un hombre desconcertante.

—Lo que a mí me desconcierta es la forma en que se ha evadido ella. ¿No cree usted que es posible que la hayan ayudado?

—No lo sé, pero quiero saber el papel del doctor en todo esto. Si ha actuado criminalmente, no tendré inconveniente en ayudarlo en su investigación.

—¿Piensa ir a la policía?

—Si la policía tuviera dinero, sí. Porque es evidente que nuestra ex-enferma es alguien importante, y a mí me gusta el dinero. Por este he venido al manantial... al menos, al único manantial que yo conozco. Puedo ayudarlo, Sterling, pero luego... necesito una recompensa en metálico.

—Puedo afrontar la contingencia. ¿Por qué cree que es Virgil el que ayudó a la fuga

—No he dicho que fuera él, sino que pienso que es posible.

Meditó Sterling unos instantes:

—Tengo ahora una cita vigente, pero luego más tarde, iré al sanatorio.

—De acuerdo.

Salió ella, dejando la estela de su penetrante perfume.

En el despacho de su casa, sentado en mangas de camisa, el alcalde David Martyn tenía la amable sonrisa del hombre de mucha experiencia.

Beck Garland ahumaba, la estancia con su cigarro, caminando de pared a pared, como una fiera, enjaulada. Imprecó:

—¡No seas terco, Dave! Estás bailando sobre un volcán, repito. Más vale que nos separemos, si quieres ser reelegido.

Entrando, Clem Sterling saludó al alcalde. Le consideraba un hombre de real integridad. Sonrió Martyn preguntando:

—¿Qué piensa usted de esto, Clem?

—Ignoro por ahora lo que Beck haya podido contarle.

Fulminándole con la mirada, vociferó Garland:

—¡Todo! ¡Le he contado todo! ¿Por qué diablos estoy aquí, sino? Porque quiero que si se decide a permanecer conmigo, lo haga con pleno conocimiento de causa.

Sterling pensó que era conveniente lanzar una ofensiva, y dirigiéndose a Martyn, afirmó:

—Lo que propone Beck es excelente, señor alcalde, a condición de hacerlo lo antes posible. Le será fácil, señor alcalde, amordazar a la oposición y convertirse en el héroe público. Discursará usted más o menos así:

«Habiendo llegado a mi conocimiento que la hermana de mi amigo más íntimo es culpable de dos asesinatos, o al menos sospechosa de haberlos cometido, y que empleó la falsa identidad de Carol Finlad, y aunque yo, personalmente, esté apenado por estos sucesos, mi juramento ante el gobierno es el que prevalece, y mi deber ante los cuidados del Estado, me obligan a renunciar públicamente a la amistad de Beck Garland...» ¿Qué? ¿No te gusta mi estilo, Beck?

—¡No. No me gusta! Es violento...

—Pero será eficaz.

Levantándose, intervino Martyn:

—Clem te está exasperando para demostrarte que tu sugerencia es absurda. Antes que político soy tu amigo, Beck.

—Puedes hundirte, Dave.

—Es posible, pero con honor ¿Qué novedades hay, Clem?

—Muchas, mas por ahora no logro coordinarlas.

—No habrá abandonado usted la partida supongo.

Beck Garland emitió un rumor que quería ser una carcajada sarcástica

—¡Clem, el infalible, nunca capitula!

El alcalde consultó su reloj.

—Tengo que coger el avión, y agradezco tu oferta, Beck, pero tanto si Maureen es culpable como si no lo es, rehúso borrarte de mi partido. Aunque tenga que perder las elecciones. Si aceptase tu renuncia, me avergonzaría como hombre.

—Gracias, Dave.

Pasó Martyn a la habitación contigua para arreglar su equipaje.

Dijo Sterling:

—Me dieron tu encargo de que viniese aquí con urgencia.

Adoptó Garland el tono irónico:

—Deseo que me indiques cuántas horas me quedan por vivir.

—A primera vista, te doy vida hasta el momento en que el chantajista haya cosechado sus cien mil. Por cierto, el que te telefoneó tenía una voz extraña, ¿verdad?

—¿Cómo sabes tú que tenía una extraña voz?

—Es lo que se aprende yendo al cine, y viendo cómo telefonea el

villano que no quiere sea reconocida su voz.

—Lo peor es que casi siempre tienes razón. Parecía como si el tipo... o la mujer, hablase acatarrado o con un pañuelo ante los labios.

—¿Has preparado el dinero según sus instrucciones?

—Sí. Y el chantajista ha pensado en todo —aseguró Garland furioso, sacando de su cartera un resguardo—. Dejé el dinero en el cofre fuerte de alquiler de la estación terminal de los autobuses Sur. Este es el resguardo, para poder recoger la cartera que allí dejé con el dinero dentro.

—¿Debe volverte a llamar?

—Sí, dijo que volvería a llamarnos... A ti o a mí.

Había cierto titubeo en Garland, y comprendió Sterling que su patrón había sugerido al chantajista que se pusiera en último contacto con él.

—Comprendo, patrón... Preferirías que fuese yo el que me hiciera degollar si surgiesen complicaciones.

—Naturalmente... Ahora, si temes por tu precioso pellejo, y si prefieres que un pobre viejo como yo, afligido de una tensión elevada...

—Basta, Beck, basta, que me estás destrozando el corazón —sonrió ácidamente Sterling, guardándose el resguardo—. Me ocupo de este otro asunto complementario Ya, dada la situación, tanto da un poco más de jaleo. Buenas noches, y cuídate la presión.

El matrimonio James Smith carecía de entusiasmo al recibir a Sterling.

—¿Cuánto tiempo tenemos que permanecer aquí prisioneros? —preguntó Melvin Garland con evidente mal humor.

—Poco. Además, no hace mucho que soñabais con vivir eternamente a solas. Cada día se encuentran menos románticos. Bien, bien... ¿Os habéis puesto ya de acuerdo sobre quién de vosotros dos le atizó plomo a Joe Cairo?

—¡Ninguno de nosotros dos! —exclamó Sandra.

—Pues es preciso tomar ya una decisión, Melvin. O bien puedo convencer a Cairo que no fuiste tú o Sandra, y esto lo veo casi imposible... o bien os entrego a la policía, y ella os protegerá, porque yo no puedo hacerlo ya que me han salido bastantes tareas ajenas a vosotros.

—¡No te atreverás a entregarnos a la policía!

—Lo creo lo más razonable, antes que Cairo y sus artilleros den

con vosotros y os desmenucen. Y ahora. Melvin, no me digas que era de tus narices, la sangre que había, en tu pañuelo.

—¿Qué pañuelo?

—El que intentaste quemar en la chimenea de tu piso. También habrías tenido que quemar su traje. Sandra. Suerte que lo pude asar yo.

—¿Alguien más lo sabe? —preguntó ella con aplomo.

—Nadie. ¿Dónde escondisteis el revólver?

—No hay revólver —replicó Sandra—. Admito que la historia parece inverosímil y yo tampoco la creí en un principio. Anda, Melvin, cariño... Es hora ya de explicarlo todo.

Melvin Garland recitó con voz monótona:

—Admito que seguí a Joe Cairo en el callejón. Tenía el propósito de darle una paliza. Todo el callejón estaba en tinieblas, y cuando creí llegado el momento, llamé a Joe Cairo

Sterling esbozó una mueca sardónica, completando:

—Y en el momento en que Cairo giraba sobre sus tacones, sonaron los disparos. Cayó al suelo, y tú te precipitaste sobre él para socorrerle. Y es así como manchaste tu pañuelo y tu traje.

—Ya sabía yo que no me creerías.

—¿No viste al que disparó? ¿No le oíste escapar?

—No.

—Pero, entonces, ¿qué demonios estabas haciendo? ¿Llorabas sobre el desmayado?

—Tuve la impresión de que todos los coches patrullas estaban ya cercando el callejón, y sólo pensé en salir escapado

—Genial, amiguito —sonrió Sterling, descolgando el teléfono y marcando un número—: ¿Octava Comisaría? Comuníquenme de urgencia con el teniente Toby Preston, de la Brigada Criminal. Aguardo.

Tapó la boquilla con la mano:

—Hay que tener valor, Melvin, y contarle la pura verdad a la policía.

Se humedeció Melvin los labios:

—Si, pero me detendrán.

—Con lo cual estaréis tú y Sandra a salvo de Cairo, porque ella también será detenida.

—¿Y cuando se entere, mi padre? —susurró Melvin, temblando.

—Es preferible que tu padre siga teniendo un hijo... aunque esté en la cárcel.

Apartó la mano de la boquilla, y dijo:

—...Buenas noches, Preston. Le he identificado por el gentil

gruñido. Pase ahora mismo por el Hotel Albatros. Creo que tengo a la pareja ideal. Habitación 77.

Los tenientes Moore y Preston entraron en la habitación. Con aspecto receloso.

Habló Sterling:

—Ustedes querían hablar con Melvin y Sandra. Aquí están.

—Seguro que los encontró casualmente —declaró Moore, irónico.

—Me telefoneó Melvin, anunciándome su intención de entregarse con Sandra a la policía.

Toby Preston inquirió:

—¿Cómo sabían que los buscábamos, si la prensa no lo ha publicado ni tampoco la radio?

—Melvin sabía que otro le buscaba, Joe Cairo. Y lo que quiere es estar protegido con su esposa, hasta que la verdad resplandezca.

Preston se rascó la sien, y Moore arguyó:

—Tendrá seguramente una historieta bien urdida, ¿no?

—Bastante mala —afirmó Sterling—. Tan mala que huele a verdad. Vamos, Melvin, desembucha con corrección.

Melvin Garland repitió su relato, y Moore gruñó:

—¿Y le ha sido necesario tanto tiempo para este cuento?

—No le exigimos que se lo crea, Moore. Y no siga registrando porque no hay ningún revólver escondido. Pero yo voy a regalarle algo que es útil. Estos botones pertenecen a un traje de Melvin. Uno de ellos lleva aún un poco de sangre, de cuando Melvin se inclinó sobre Cairo.

—¿Dónde está el traje?

—Estaba sucio y lo quemé por higiene.

—¿Por qué han esperado hasta ahora?

—Pónganse en su lugar, señores. Usted, Moore, en la piel de Sandra, viendo a su maridito entrar con sangre en el traje. Ya oyeron el relato de Melvin, es difícil de creer, porque es la verdad. Sólo los criminales tienen preparadas historias muy lógicas. Melvin no pudo ver al agresor, porque el callejón estaba en tinieblas. Podía pensar que fuera Sandra...

—¿Y puede que sea ella? ¿Quién sabe? —masculló Moore.

—En efecto, no sabe nada, Moore. Abreviando, tienen ustedes ante sí, a un matrimonio bien avenido, que pasados los momentos de juvenil temor, y convencidos ya de su mutua inocencia están dispuestos a entregarse a la tutela de la policía.

—Sigue pareciéndome un cuento —afirmó Moore.

—Razón de más para ponerlos entre rejas, mientras comprueban si mienten o no. Y si comprueban que dicen la verdad, entonces su deber, señores, es participarlo a la prensa para que proclame su inocencia y cesen las calumnias.

Toby Preston intervino:

—Parece usted muy seguro de sí mismo, Clem. De lo contrario, nos habría impedido encontrar a la parejita. De lo cual concluyo que tiene usted otra pista.

Suspiró Sterling:

—En mi vida he tenido que esforzarme tanto para conseguir que metan en la cárcel a dos personas. Pero siendo generoso de nacimiento, les doy una idea gratis: las balas extraídas de las heridas de Joe Cairo, son seguramente del mismo calibre que las que trufaron a Bill Meyer.

Pestañeó Preston, asintiendo en silencio, involuntariamente.

—Sigam esta sugerencia, señores. Conducirá al culpable, que no es ni esta parejita ni Maureen Garland.

—¿Dónde está Maureen? —quiso saber Moore.

—No tengo la menor idea, y palabra que no miento.

Toby Preston tocó en el hombro a su colega:

—No arriesgamos nada con detener a Melvin y Sandra como testigos principales.

—Bueno —se resignó Moore—. Pero espero pronto poderle esposar por lioso y enredón, Clem Sterling. Vámonos, parejita. ¿Viene con nosotros, Clem?

—Con hartó dolor de mi corazón, no. Tengo que buscar un abogado. Buenas noches.

Esperó a verles partir en el coche, y marcó un número en el teléfono.

Comunicó a Joe Cairo la reciente detención de Melvin y Sandra.

—...Creía que usted había decidido entregarme al joven Melvin en bandeja, sabueso.

—...Límpiese que está de huevo, Joe. Estaba usted tan convencido de que yo lo haría, que me envió a Lou Mitchel y al robot. Además, dije que se lo entregaría en bandeja si era culpable, pero Melvin no lo es.

—...Demuéstrelo.

—...Tengo el pleno convencimiento. Escuche, Joe, no es que le tenga el menor afecto, pero es posible que le necesite para un asunto que se avecina. Reflexione un poco, con respecto a los momentos que precedieron a los disparos en la calleja. ¿Alguien le

llamó, no? ¿Y usted se volvió, verdad?

—...Sí, ¿y qué?

—...El que le llamaba era Melvin. Usted se volvió, y fué entonces cuando le metieron plomo por la espalda.

—...Ya. Por lo tanto, según esa tesis, excluido Melvin.

—...Por completo. Y es más, habría podido callarse que estuvo en el callejón.

Hubo una pausa, y replicó por fin Cairo:

—...No digo que crea, del todo la historia de Melvin, pero puedo prometerle algo, sabueso. Si no es él, y si me comunica la verdadera identidad del agresor..., cuente conmigo.



—¡Maldita la gracia que me hace usted, sabueso!

—...«Okey». ¿Qué tal la salud, Joe? ¿Ninguna complicación?

—...Sobreviviré —dijo secamente Joe Cairo, colgando.

En la calle, llovía intensamente. Se mojó Sterling antes de llegar a su coche.

En su hotel, el ascensorista le anunció que llovía infernalmente, cosa que el detective ya había comprobado.

Tenía los dedos entumecidos cuando colocaba la llave en la cerradura. Abrió y dirigía la mano al interruptor, cuando oyó algo

que se movía en la oscuridad. Y un objeto duro y pesado silbó en el aire, conectando con su cráneo.

Clem Sterling se sumió en las más completas tinieblas.

CAPÍTULO IX

Un pelotón de herreros estaba trabajando en su cráneo, y tenía la impresión de estar masticando cenizas. Recordó de pronto que se llamaba Clem Sterling y que estaba ciego.

Además de hallarse en el suelo, las paredes de aquella habitación estaban muy juntas, y podía palpar las cuatro paredes con sólo tender las manos, y encima de su cabeza, colgaban cosas flácidas.

Lana. Trajes. Por lo tanto... estaba encerrado en un armario.

Poco después recordó que tenía llaves en su bolsillo. Una clase de llaves que si un policía las encuentra, siente el impulso de llevarlas a la comisaría con su dueño.

Empezó Sterling a registrarse todos los bolsillos. Estaban vacíos, y al comprobarlo le pareció imposible. Los bolsillos nunca estaban vacíos... Siempre había algo en ellos.

Además, recordaba que en uno de ellos había guardado algo importante. Sí, el resguardo entregado, por Garland. Un resguardo con el que se podía sacar la cartera conteniendo cien mil dólares.

Se lo habían quitado.

Embistió la puerta del armario, a puntapiés y puñetazos, hasta que su propio tamborileo le ensordeció. Descansó un instante, y entonces oyó un tamborileo idéntico, pero menos ruidoso, por fuera.

Repicó con entusiasmo, y por fin la puerta se abrió. Pestañeando, avanzó hasta reconocer a Ketty Jardine, en su propio cuarto

Le flaquearon las rodillas, debilidad que aprovechó para asirse fuertemente a la secretaria de Beck Garland.

—Estás herido, Clem.

—Hueles a primavera, a vida, a cariñitos deliciosos Ketty —murmuró el detective—. Y no son efectos del golpe. ¿Golpe? Tengo que telefonar a Beck.

Tambaleándose fué a marcar el número, pero el mayordomo Dupont informó que el señor Garland estaba ausente.

Colgando, interrogó Sterling:

—¿Y a qué debo el inmenso placer de tu visita Ketty?

—Quería hablarte de algo confidencial.

—Luego. ¿Sabes cómo era la cartera donde metió Beck cien mil dólares?

—¿Qué cartera?

Suspiró Sterling, resignado, volviendo a marcar números tras consultar la guía. El empleado de consigna en la estación terminal Sur, pidió el número del resguardo.

—...No puedo dárselo, puesto que he perdido el resguardo.

—...Entonces, tendrá que rellenar un formulario, describir la cartela y su contenido, esperar tres días...

—...¡Oiga! Lo que quiero saber es si la cartera sigue ahí.

—...Voy a ver. ¿Qué clase de cartera?

—...Posiblemente, con un escudo representando una babía y torres petrolíferas.

Pasaron minutos, y por fin el empleado informó que ya no estaba aquella cartera, y que el otro empleado recién relevado, la había entregado a alguien que presento el debido resguardo.

No, no tenían idea del aspecto de dicha persona, puesto que pasaba tanta gente al cabo del día...

Colgó Sterling, y dijo Ketty:

—Estás sangrando, y sería mejor llamar a un médico.

—Me curo solo, y además quiero tener la línea libre, porque espero una llamada infalible. ¿Qué querías decirme?

—Yo... cuando me encontraste junto al coche cambiando un neumático... había decidido no entrar en Montrose. Reventé voluntariamente el neumático.

—¿Por qué?

—No quería volver a ver al doctor Virgil. Fué mi novio, y lo dejé cuando supe que era un chantajista, un ser sin escrúpulos, muy astuto. Es capaz de todo.

En el cuarto de baño, con la cabeza bajo el chorro, se sintió mejor Sterling. Tanto físicamente como amorosamente. Ella prosiguió:

—Duró poco nuestro noviazgo, porque me di cuenta pronto que era un canalla. Fué mi primera desilusión, y lloré mucho. Ya pasó todo.

Secándose, Clem Sterling pensó si resultaba más difícil estrangular a un hombre que llevaba barba como el doctor Virgil.

Estaba ya limpio y con otro traje, cuando el teléfono avisó. Y el conserje estaba, ya advertido de que se ganaría veinte dólares si averiguaba la procedencia de cualquier llamada telefónica a Clem Sterling.

—...¿Clem Sterling?

La voz de alguien hablando a través de un filtro de tela. Un murmullo de alguien silabeando.

—...Así me llamo.

—...¿Tiene ya los cien mil dólares?

—...No. Por la sencilla razón de que los tiene usted, amigo.

—...Considero desplazada la broma, Sterling.

—...Me duele aún la cabeza de resultas de su caricia bestial. Y estaba esperando que me llamase, convencido que usted diría que es otro el que me ha golpeado y se llevó el deslumbrante resguardo.

—...Es posible que alguien se le haya cogido, pero no yo. Quiero los cien mil convenidos.

—...Ya los tiene. De mí ni un centavo, ni del patrón

—...Una, decisión que lamentará. Lea los periódicos mañana por la mañana. Y cambiará de parecer. Como quiero dar pruebas de buena voluntad, me limitaré sólo a hacer pública una pequeña porción de lo que sé. Lo bastante para que comprenda que no bromeo. Y después, volveremos a hablar.

—...Yo puedo ir también a la prensa.

—...No lo hará, porque las consecuencias serían eminentemente deplorables para Beck Garland. Lea mañana el periódico.

Cortaron la comunicación.

Y poco después, el conserje anunciaba triunfalmente:

—...El número de su comunicante era el 27MT52, Pine Hill.

Ahorquillando, murmuró Sterling:

—El teléfono del doctor Alex Virgil. Parece mentira que un tipo inteligente emplee su propio teléfono para chantajes. Si era él o no, eso lo sabré luego. Pero por fin estoy seguro de algo. No eras tú.

—¿Acaso... sospechabas de mí?...

—Es lo malo de mi profesión. También sospeché de la propia Maureen. Cien mil es una fortuna que deslumbra a cualquiera.

—¿Y ya no sospechas de Maureen?

—¡No! Rotundamente, no.

—¿Por qué tanta certeza?

—Porque tengo el desagradable convencimiento de que Maureen está muerta.

Se estremeció Ketty Jardine. Dominó Sterling el temblor de su labio, y añadió:

—Harry Castel la está buscando inútilmente. No la encontrará. Lo malo en mi profesión es que me coloco siempre en el cerebro del «otro». Y este otro ya le sacó a Maureen el provecho suficiente con su desaparición. Ya Maureen era para él un estorbo futuro. Por esto, tengo el convencimiento de que Maureen está muerta.

—Le tenías mucho afecto...

—Sí, mucho, como se quiere a un enfermo del que uno se ha preocupado mucho tiempo. Posiblemente, Boyd Conrad y yo estaremos tristes el día que la encierren, si es que se encuentra el cadáver. Hablemos de otra cosa. Cenaremos juntos.

Terminaban de cenar en la misma habitación, cuando de nuevo el teléfono llamó. Era Harry Castel.

—...Tengo un paquete para ti, Clem.

—¿Un paquete? ¿Ella?

—...No. Él. Se llama Contad y tiene una curda espantosa.

Cuando abrió la puerta, vio que la expresión empleada por su ayudante no era excesiva. Boyd Conrad, asesor de la «Gulf Ranger», miembro de la sociedad de Borrachos Arrepentidos, se sostenía en pie, gracias a los esfuerzos de Harry Castel.

Declamó Conrad entre hipes:

—No se pueden explorar las cloacas sin recoger barro.

—El barro estaba por fuera de las botellas —aclaró Castel—. Hacía lo mismo que yo. Buscaba a Maureen. Sólo que él en cada sitio que entraba pedía un doble de licor.

Concentrando sus pupilas, vio Conrad a Ketty Jardine. Le dedicó un saludo versallesco, de resultas del cuál, tuvieron que recogerle del suelo entre Sterling y Castel.

—Lo dejaremos en mi cama, hasta que se le pase. Tenemos que ir de visita a Montrose, Harry. ¿Por qué lo trajiste aquí?

—Pensé que sería peligroso dejarle proseguir su búsqueda con tantas libaciones. Podía hablar y ser indiscreto...

—Bien hecho, Harry. Hasta mañana, Ketty.

El viento aplastaba la lluvia contra el parabrisas. Los faros iluminaban sólo unos metros de carretera.

—¿Llevas tu revólver, Clem?

—No.

—Pues lo hubiera preferido —dijo Castel, lúgubrementemente—. No me hace gracia visitar a Virgil de noche y por sorpresa.

—Tú me protegerás, Harry. Y podemos primero cortarle la barba, a ver si le pasa como a Sansón. Por de pronto, la puerta está abierta gracias a la colaboración de Lorry Bryce.

La verja estaba abierta tal como había convenido la secretaria y novia del doctor Alex Virgil. La encontraron en el vestíbulo. Vestida de negro, cosa que hizo suspirar a Harry Castel.

Las rubias, de blanca piel, vestidas de negro, le daban sed.

—¿Dónde está el doctor? —preguntó Sterling.

—Salió. No me dijo a dónde iba.

—Registraremos un poco su despacho...

—Si volviera y les sorprendiese aquí, me mataría.

—Razón de más para actuar con rapidez —aseguró Sterling.

Ella les condujo al despacho particular de Virgil. Pensaba Sterling que Virgil no dejaría nada comprometedor en sitio fácil de encontrar.

Castel registraba los sitios normales. Sterling apartaba los cuadros de las paredes, hasta que tras uno de ellos, encontró un panel que pareciendo de madera, dio un sonido metálico al ser golpeado con los undillos.

No había botones ni resortes. Sacó su cortaplumas y tras romper dos de las tres hojillas, consiguió abrir el panel.

En dos estantes metálicos, había paquetes de cartas atados con cintas de diverso color, y estuches de joyas.

Abrió Sterling varios estuches, hasta encontrar un collar de diamantes y esmeraldas. Propiedad de Maureen Garland.

Lorraine Bryce estaba en su despacho. Oyeron su grito, y el ruido de un bofetón.

El doctor Virgil apareció en el umbral del despacho, revólver en mano. Pero fué Harry Castel el que disparó.

Alex Virgil dió un traspié y soltó su revólver, en el preciso instante en que disparaba Castel por segunda vez.

—¡Basta, Harry! —gritó Sterling, cogiéndole el antebrazo.

Su ayudante se desprendió violentamente, y disparó de nuevo por dos veces. Consiguió Sterling desarmarle, tras un forcejeo.

El doctor Virgil había desaparecido.

Un rastro de sangre llevaba al despacho contiguo, y a la abierta ventana. Saltó Sterling a la terraza. Sólo lluvia y tinieblas.

Se aproximó Castel que, a tientas, le deslizó el revolver propiedad de Virgil en la diestra:

—¿Viste por dónde fué, Clem?

—No.

—Debiste dejarme que lo liquidase.

—Muerto, no nos servía de nada, Harry.

—¿Qué querías que hiciese? ¿Dejarle que te acribillase?

En el marco abierto se siluetó Lorraine Bryce. Llevaba en la mejilla la huella del bofetón.

—He dicho al personal que un ladrón ha huido, para justificar los disparos.

—No puede haber ido muy lejos, si le atinaste los cuatro

balazos, Harry. Vamos a registrar los contornos, Lorry. Tome este revólver por si regresa Virgil, y cierre bien las puertas.

La búsqueda fué inútil. La lluvia borraba los rastros. Y en todo el edificio no se encontró huella del doctor Alex Virgil.

A las cuatro de la madrugada, el detective Sterling se despidió de su ayudante. Ambos tenían sueño y el convencimiento de que se aproximaba el momento final.

CAPÍTULO X

A las nueve de la mañana, esperaba Sterling en el vestíbulo del «News Herald» la aparición de la edición segunda, pero se cansó y, dirigiéndose a una puerta con el cartel «Prohibido entrar», la empujó.

Bajó a las rotativas, y pudo coger un periódico recién impreso, húmedo aún. Lo desplegó y en primera plana vió el retrato de Maureen Garland. No cabía confusión.

Allí estaba Maureen Garland y al fondo se percibía el juez, el ujier...

El reportaje no explicaba cómo el periodista se había procurado aquella fotografía. No acusaba a nadie. Pero el nombre «Carol Finlad» entre comillas se repetía incansablemente, y el articulista prometía para pronto sensacionales revelaciones.

De pronto las rotativas pararon, y los maquinistas se arremolinaron en torno al que acababa de parar las máquinas.

—¡Han encontrado a Carol Finlad, la mujer misteriosa! ¡Nueva edición de primera plana! ¿Sabéis quién era? Nada menos que... ¡Maureen Garland!

Instalado al volante de su coche, oía Sterling al locutor: eran unos chiquillos los que habían encontrado el cadáver de Maureen Garland.

Chiquillos jugando a pieles rojas, en las colinas después de la tormenta.

Sterling tenía estacionado su coche ante las oficinas de Ernest Gutman, propietario del «News Herald» y rival de Garland.

Oyó al locutor:

—...«La policía está requiriendo la inmediata presentación del detective privado Clem Sterling, para ciertos puntos. La muerte de Maureen Garland no ha sido debida a accidente, aunque su cuerpo fuese hallado en un barranco. El forense declara que el cuerpo presenta heridas no causadas por las rocas. En el bolso de Maureen Garland, ha sido hallado el revólver, y el experto ha declarado que fué este revólver el que disparó contra Joe Cairo y mató a Bill Mayer.»

El lugar donde había sido hallada Maureen Garland distaba poco del sanatorio del doctor Virgil.

Pensó Sterling si volvería a ver con vida al doctor Virgil.

En aquel momento paró junto a la acera un lujoso coche, y Ernest Gutman se apeó de él.

Lo alcanzó Sterling junto al ascensor.

—Tengo que hablarle, Gutman.

El detective crispaba el puño en el bolsillo, en forma alarmante.

—¡Usted! —y la tez de Gutman, de sonrosada pasó al color yeso—. No quiero hablar nada con usted... Voy a llamar a la policía...

—Y sería lo último que diría usted.

Empujó Sterling a Gutman en el hueco entre ascensor y caja de escalera.

—¿Quién le dió la fotografía de Maureen ante el Tribunal del Alba?

—¿Qué foto?

—No se haga el listo, Gutman. Tengo mucho trabajo pendiente, y bastante mal humor.

Escondido en el bolsillo, su puño sin arma, se hundió en el costado del prohombre.

—Usted compró la foto. ¿En qué circunstancias y cuánto pagó?

La papada de Gutman tembló como la de un pavo cebado.

—Usted es un granuja, Sterling. El dinero que me ha robado, ya le obligará la policía a devolvérmelo.

Sterling entornó los párpados, sin manifestar sorpresa al replicar:

—A condición de que viva lo bastante. No me caliente la sangre, Tartufo. ¿Quién le dió la foto?

Ernest Gutman miraba fascinado el bulto del bolsillo del abrigo, cercano a su costado. Se humedeció los labios.

—Ayer... después de la medianoche, alguien me telefoneó. Y después, un telegrafista me trajo el sobre con la foto. No sé nada más.

Sterling dió un empujón con el bolsillo de su abrigo. Forzando en sus labios un rictus que en nada le favorecía.

Ernest Gutman gimió:

—No, Sterling, no... Déjeme hablar... Esa foto constituía una prueba de la buena fe de mi comunicante anónimo. Me dijo que si... reconocía a la persona de la foto, y deseaba saber otros detalles concernientes a dicha persona, procederíamos a cierta transacción financiera.

—Y la transacción le interesó sobremanera. No pensó ni un

instante en llamar a la policía, ¿verdad que no? Quería todo para usted, para su papelucho. La idea de llamar a la justicia y hacer detener al chantajista no se le ocurrió siquiera... Usted quería aplastar a Beck Garland y a su amigo Martyn. Siga hablando, o le liquido aquí mismo, en su propia salsera. ¡Vamos, hable!

—Quedé citado con el chantajista, que debía pasar por aquí a las nueve y media. Pasé esta mañana por el Banco a recoger veinticinco mil dólares. Y cuando salía del Banco, alguien me empujó brutalmente, me cogió el dinero y desapareció.

—¿Reconocería a su agresor?

—¿Cómo...? Ni siquiera me di cuenta de nada... porque rodé por el suelo y estuve unos instantes sin consciencia.

—Quítele la «ese» y será su estado habitual. ¿Por qué no previno a la policía? Porque prefirió perder los veinticinco mil antes que tener que admitir ante la policía, que estaba en relación con un criminal, y que había ocultado a la policía hechos importantes. Ahora, Gutman, está usted tan comprometido como si fuera cómplice del asesino chantajista, y será mejor que revise sus ediciones o le hundiré. Seguramente, al salir del Banco, pretextó usted un desvanecimiento...

—Sí... Pero ahora todo lo referente a Maureen Garland es del dominio público. Otros periódicos lo citan.

—Pero con usted hay una cuestión de ética...

Vió dilatarse los ojos de pez de Gutman y, volviéndose, Sterling se encontró cara a cara con el teniente Toby Preston. Ahora él estaba encajonado como un ternero, pensó.

—Calma, Clem —aconsejó Preston.

—Nunca me pongo nervioso en los momentos solemnes, teniente.

Gutman había abandonado el hueco, y se hallaba junto al teniente Moore, que exhibía una amarillenta sonrisa.

En el espacioso vestíbulo, la circulación parecía haberse interrumpido. Una miríada de pupilas estaban fijas en Sterling y él experimentó la sensación de hallarse en una sala de baile, en calzoncillos.

El teniente Ben Moore gruñó triunfalmente:

—Empieza bien el día. Venimos para interrogar al señor Gutman acerca de cierta fotografía, ¿y con quién topamos? Con el simpatiquísimo de Clem Sterling. Pásale los brazaletes bien ajustados, Toby.

—Ey, ey, un minuto —protestó Sterling—. No puedo perder el tiempo en discusiones vanas con la policía, mientras el asesino sigue

galopando libremente.

—No discutiremos mucho tiempo, Clem —anunció cariñosamente el teniente Moore—. No se le acusa de nada, Clem, salvo de saber que Maureen había matado a varias personas, y usted no quiso comunicarlo.

Se endureció su mirada:

—Te he dicho que le pases las esposas, Toby.

—Va en seguida.

Y con movimientos muy lentos, el teniente Preston empezó a sacar las esposas, que le cayeron de las torpes manos. Con la misma torpeza se inclinó para recogerlas, empujando a su colega.

Aceptó Sterling la ocasión que le brindaba Preston.

Batió el record de carrera de obstáculos, empujando gente, hasta salir a la calle, donde penetró en el edificio contiguo, cogiendo el ascensor. Mientras, le buscarían por la calle y lejos de allí.

—Espero no haberla asustado —afirmó Sterling.

Estaba entrando en el despacho de Lorraine Bryce. Y parecía apenado porque ella había palidecido al verle.

Harry Castel contempló con aspecto alelado el revólver que acababa de sacar de su funda, al oír los pasos.

—Yo no sé lo que habrá sentido Lorry, jefe, pero a mí me ha pegado usted un susto. Creí que era el doctor Virgil.

—¿No has oído hablar del doctor?

—No. ¿Dónde diablos ha pasado la mañana, jefe? Hay policías por todas partes buscándole.

—¿Han venido aquí?

—No, pero no tardarán en venir.

—¿Sabéis algo de Virgil?

—Completamente nada.

Intervino Lorraine Bryce:

—Ignoro, señores, cuál de los dos saldrá responsable por no haber advertido a la policía del suceso de anoche. Lo menos que podían hacer era notificar la desaparición de Virgil.

—Era lo lógico —admitió Sterling—. Pero yo acariciaba la esperanza de que el Doc regresase para estrangularla... Bueno, quiero decir, para intentar estrangularla, Lorry.

—La tormenta borró todas las pistas —dijo Castel—. Y por cierto, que estoy apenado por la muerte de Maureen. Ha sido un duro golpe para Beck.

—Y mucho peor para Maureen. Por lo que la concierne, Lorry,

¿tendría la bondad de cejarme a solas con Harry?

Señaló la puerta. Y ella salió sin comentarios.

Harry Castel se rascó el pecho con el cañón de su revólver.

—Dame tu petardo, Harry. Estás nervioso, y podrías apretar el gatillo sin darte cuenta.

—Es verdad. Toma. Y además, estoy harto de llevarlo siempre encima.

Contempló a Sterling que se aproximaba a la ventana, mirando fuera.

—¿Pasa algo, jefe?

—Tengo la impresión de que durante toda la mañana, los gorilas de Joe Cairo me han estado siguiendo.

Colocándose el revólver de Castel en el bolsillo, volvió al centro del despacho, señalando la máquina de escribir.

—Por cierto, hubo un tiempo en que eras un excelente mecanógrafo, Harry. ¿Tienes inconveniente en tomarme una carta al dictado?

—Pero, ¿qué diablos...?

—Necesito aclarar las cosas en negro sobre blanco. Así, no me olvidaré de nada.

—Bien, si es tu capricho...

—Con duplicado, ¿quieres?

Sentándose ante la máquina, obedeció Castel, alzando los hombros como quien es tolerante con los caprichos ajenos.

Pascando por el despacho, Clem Sterling empezó a dictar:

—«Los Angeles, California, primero noviembre. Al fiscal del Condado. Punto y aparte. Estando al servicio de Ernest Gutman, yo, voluntariamente y guiado solamente por afán de lucro, he asesinado a las siguientes personas: William Meyer, Carol Finlad y Maureen Garland.»

Dejó de teclear Harry Castel y comentó, extrañado:

—Podrás decirme que no es asunto mío, pero me gustaría saber quién diablos consentirá en firmar esta confesión. ¿Tú, jefe?

Seca la garganta, sintiendo deseos de acabar cuanto antes, denegó Clem Sterling con la cabeza. Y dijo tristemente:

—Lo vas a firmar tú, Harry Castel.

CAPÍTULO XI

—Se acabó el caso, Harry. Podría hacerte una brillante exposición de mis observaciones y teorías, pero no sobra el tiempo. Es un asunto muy sucio. Harry muy sucio... Prometías ser un buen sabueso, pero te deslumbró la ocasión. Y ahora vas a rendir cuentas. Te asarás en la silla eléctrica tan seguro como estoy ante ti, porque cuando tengo que coger a un asesino, me olvido de amistades antiguas.

Un grito que parecía proceder del piso alto, rasgó la pausa de silencio. Medio incorporado en la silla, murmuró Castel:

—¿Quién ha gritado?

—Sin duda, los gorilas de Cairo. Me han seguido hasta aquí, y ahora estarán interrogando a Lorraine Bryce.

—Piensas en todo, Clem —murmuró Castel con voz ronca.

Reclinó la cabeza sobre los cruzados brazos, y durante un minuto el silencio fué absoluto. Cuando volvió a hablar, su voz parecía venir de muy lejos:

—Anoche pude matarte en tu piso. Tal vez hubiese tenido que hacerlo, pero no pude... ¿Comprendes?

Asintió Sterling, sintiendo oprimido el pecho.

—Te estás preguntando si existe un medio de escapar, Harry. No, no existe. Es tarde... La casa está sitiada por la gente de Cairo.

Como para confirmar sus palabras, apareció en el umbral Joe Cairo. Llevaba el brazo en cabestrillo, y el cuello algo ladeado, como enyesado.

—¿Necesite usted ayuda, Clem Sterling?

—No.

—No olvide que este tipo me pertenece, tan pronto termine usted con él.

—¡Lo sé! —gritó Sterling—. ¡Váyase al infierno!

—De momento, si —admitió Cairo impasible, cerrando por fuera.

Pasaron unos segundos, y dijo Castel:

—Lo descubriste por la foto, ¿verdad?

—Sí. Tenías una máquina de retratar liliputiense bajo tu americana cuando avanzaste hacia el juez declarándote hermano de Maureen. Tú sólo podías haber tomado aquella foto. Sólo tú podías

haber tomado aquella foco, desde aquel ángulo.

Se pasó Sterling los dedos por el labio superior, como para borrar el temblor, y prosiguió:

—Te olvidaste que yo estaba en la misma proyección a tus espaldas, Harry.

—Anoche debí... matarte, Clem. ¿Qué le pasará a Lorraine?

—Ella sólo ha sido tu cómplice, no la autora de las muertes. Es bonita, para quien le gusten las rubias... Podrá salvarse.

Señaló Castel la máquina.

—Sigue dictando, jefe. Pero es falso que yo trabajase para Gutman. De todos modos, sigo preguntándome por qué anoche no te maté. No tengo inconveniente en escribir que maté a Bugs. Dan el mismo trato por uno que por cuatro cadáveres.

Miró Sterling hacia la puerta. Castel bajó la voz:

—Por lo que más quieras, Clem... no me entregues a Cairo. Entrégame a la policía, pero a Cairo... Ni un cerdo como yo lo merece...

Asintió lentamente Sterling, y Castel empezó a teclear, dictándose:

—«Soy también el autor de les disparos contra Joe Cairo. Lo hice para comprometer a Melvin Garland y su esposa, sembrando así la confusión mientras me proponía atacar a Maureen.»

Reflexionó unos instantes:

—«La noche en que se me ocurrió la idea general, Clem Sterling y yo buscábamos a Melvin Garland, cuya esposa nos dijo había desaparecido. Supe que lo habían expulsado de un club de Cairo, y que tenía por lo tanto un motivo para querer vengarse. Al saber que Maureen Garland había sido detenida, pensé de pronto que tenía en mis manos la ocasión de enriquecerme. Pero no bastaba para exigir de Garland cien mil dólares. Para comprometer a Maureen, maté a Meyer.»

Apartó los dedos del teclado, y murmuró:

—Es curioso, pero sólo la muerte de Maureen me produce remordimiento. Porque la otra desgraciada...

Hizo chasquear los dedos:

—...Carol Finlad, ni siquiera la conocía. ¡Deja de mirarme así, Clem! Ella no sufrió... Ni siquiera adivinó que iba a morir... Y en cuanto a Maureen, cuando la sacamos de aquí Lorraine y yo, le dije que deseabas que se alojase en otro sitio. Y... para que sospechasen, de que ella había cometido los otros dos crímenes... era preciso hacer lo que hice, pero para obtener el dinero necesitaba haceros creer que podía entregarla a ella cuando quisiera... Y si los

chiquillos no hubiesen encontrado a Maureen... yo le habría podido sacar a Beck otros cien mil... Porque al ver la foto publicada... él habría pagado otros cien mil.

—No. Te deslumbraste, sabueso. No hubiéramos ya pagado ni un centavo.

—Es verdad. Me olvidaba ya de la maldita foto. Ella es la que te orientó hacia mí.

Harry Castel alzó los hombros.

—Nosotros, los sabuesos, siempre decimos que los criminales acaban por caer... Y compruebo, a mi costa, que es verdad.

—Escríbelo así en tu confesión, Harry.

Tecleó Castel, y sacando las dos hojas, firmó:

—Y ahora tengo que decirte dónde está Alex Virgil. Volvió esta madrugada. Trataba muy mal a Lorry... Vino agonizando, y está muerto.

Sterling quitó las balas del revólver que había sido de Virgil se guardó dos, y quitó el plomo de otras dos...

—¿También adivinaste que le dejamos el revólver sin cargar? —preguntó Castel.

—No en seguida, pero comprendí que tú y Lorraine no os ibais a arriesgar a que Virgil os matase.

Hizo rodar el tambor del revólver, añadiendo:

—Mataste dos personas para que sospecharan de Maureen; mataste a Maureen para hacer sospechar de Virgil; y mataste a Virgil, como si fuera en legítima defensa...

Se aproximó Sterling a la ventana:

—La policía, Harry. Han llegado antes de lo que esperaba.

Joe Cairo se asomó:

—¿Dijo usted a la policía que veníamos aquí?

Harry Castel cogió el revólver que había dejado Sterling. Presionó sobre el gatillo, encañonando a Joe Cairo.

El percutor dió en la bala sin plomo.

En pie, desfigurado de rabia homicida, Harry Castel encañonó a Sterling que, cogiendo una silla, la empleó como parapeto.

Por segunda vez el gatillo dió en otra de las balas sin plomo.

Pero Joe Cairo atinó en la frente y corazón de Harry Castel, antes que éste, en su tercer disparo, pudiera acertar con la bala entera.

—¡Maldito tramposo! —rugió Cairo—. ¡Apañó usted este asunto!...

Inclinándose, recogió Sterling el revólver que la mano muerta había soltado.

—No vacié el revólver.

Apuntó a la lámpara, y el tercer gatillazo escupió plomo.

El despacho se llenó de policías.

—Hola, señores. Bienvenido, teniente Preston. Ídem, Moore. Aquí está el cadáver, y encima de la mesa su confesión. Joe Cairo les contará el resto.

Se dirigió a la puerta, pensando que de un momento a otro iban a detenerlo.

Pero todos estaban ocupándose de la confesión, del cadáver, de Joe Cairo, de Lorraine Bryce, y los acólitos de Joe Cairo...

Clem Sterling sentía frío al caminar por la carretera. Harry Castel había sido un gran sabueso, hasta que le deslumbró la «ocasión».

Además de frío, sentía deseos de alejarse para siempre de aquella ciudad.

Se detuvo asombrado.

Un coche dos plazas, y una joven preciosa, tratando de recambiar un neumático que estaba normalmente hinchado.

Clem Sterling se sacudió el recuerdo del reciente acontecimiento:

—Perdón, señora; ¿puedo ayudarla en algo?

—Señorita —sonrió Kitty Jardine.

Sus ojos no eran del todo dorados, ni tampoco grises, pensó Sterling.

—Las tareas mecánicas no son de Eva. Son cosas viriles.

Sentándose junto al volante, hundidas las manos en los bolsillos, esperó Sterling a que ella acelerase el coche.

—Tenemos ahorros, Kitty. Es pregunta.

—Yo, tres mil doscientos quince...

—Yo, ochocientos doce con veinte en el Banco, y unos doscientos en el bolsillo. Bastante para montar una tienda de cualquier cosa, en una isla lejana, con poca gente. Sólo turistas, de paso...

—¿A dónde vamos, Clem?

—Rectos a la isla esa.

Frenó ella. La besó Sterling apretadamente, y cuando pudo ella respirar, susurró:

—¿Esta misma noche, Clem? Las dos firmas en la licencia matrimonial.

—Esta misma noche firmamos, embarcamos, y al compás de las olas me cantarás el «Hula, Hula»... Me tienes deslumbrado, Kitty... Para toda la vida.

—Así sea —musitó ella con fervor.

FIN



Dick hizo fuego con los nervios en tensión. ¡Si no conseguía detener a aquel sujeto, mal lo iba a pasar Arabella!

Este es uno de los emocionantes pasajes de

MUERTE PARA DOS

Uno de los más treidantes relatos escritos por

MARK HALLORAN

¡Un misterioso tráfico de marihuana servía de tapadera a los turbios manejos de una pandilla de asesinos profesionales!

MUERTE PARA DOS

Una novela de la sensacional

COLECCIÓN SERVICIO SECRETO

¡Adquiérala la próxima semana!

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ÚLTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 6 PTAS.

COLECCIÓN "BISONTE"

478. — A. Rolcest
LA FIERA ACORRALADA

COL. "SERVICIO SECRETO"

342. — Peter Debry
LOS DETECTIVES MUEREN
JÓVENES

COLECCIÓN "BÚFALO"

175. — J. León
SANGRE EN SU CAMINO

COLEC. "Salvaje TEXAS"

43. — M. L. Estefanía
TRÁGICA CARRERA

COLECCIÓN "CALIFORNIA"

22. — Raf Segrram
EL INCORREGIBLE

COLECCIÓN "PIMPINELA"

537. — Corín Tellado
EL PRIMER BESO

COLEC. "MADREPERLA"

433. — Ana Marcela García
SE VENDE UN CORAZÓN

COLECCIÓN "ROSAURA"

377. — G. Colomer
LA MARIPOSA Y LA LUZ

COLECCIÓN "AMAPOLA"

264. — Laura Denis
NOEMI, LA ESCLAVA
BLANCA

COLECCIÓN "ALONDRA"

216. — Carlos de Santander
UNA LUZ EN EL ALMA

COLECCIÓN "CAMELIA"

264. — Carlos de Santander
LA HEREDERA DE CO-
VERLY MANOR

COLECCIÓN "ORQUIDEA"

127. — Trini de Figueroa
DÍA DE EXÁMENES

COLECCIÓN "CORAL"

6. — Corín Tellado
UNA MAMÁ PARA ANA

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Proyecto, 2 - Barcelona • Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires



*Mundialmente famosos
son los cuentos orienta-
les agrupados bajo el
título*

LAS MIL Y UNA NOCHES

En todos los tiempos han sido solaz para los mayo-
res y amena distracción para jóvenes y niños

Ahora se los ofrecemos de forma nueva y sugestiva

256 páginas y más de 250 ilustraciones

Tal es la norma de la colección que los publica:

COLECCIÓN HISTORIAS

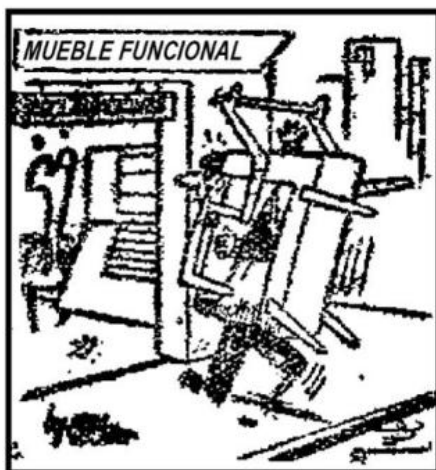
¡No deje de adquirir este título!

Precio 25 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA



*Más de CIENTOS
CHISTES como éste, hallará
usted en*

**SELECCIONES
DE HUMOR DE
"EL D. D. T."**

APARICIÓN SEMANAL

**SELECCIONES
DE HUMOR
DE "EL D. D. T."**

¡La publicación que todos deben leer porque asegura momentos de sana alegría!

Precio del ejemplar, 2 ptas.

**DE VENTA EN QUIOSCOS Y PUESTOS DE
PERIÓDICOS**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

¡AÑO NUEVO, VIDA NUEVA!

Este ha de ser su lema, amable lector,
si desea que el año que pronto em-
pezará, transcurra para usted felizmente
en todos los aspectos

Nosotros estamos a su lado para ayu-
darle, ofreciéndole un volumen que le
prestará notables servicios

Cómo vivir 365 días al año

¡86 semanas a la cabeza de los bestse-
llers norteamericanos, atestiguan el éxi-
to sin precedentes de este libro excep-
cional!

COMO VIVIR 365 DÍAS AL AÑO

¡Un título inapreciable!

Precio 55 ptas.

Una exclusiva pra España de:

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

EL BEST-SELLER DEL AÑO!

EL HOMBRE DEL TRAJE GRIS

que durante 48 semanas ha figurado entre las novelas de más venta en los Estados Unidos

Ha sido llevado a la pantalla con un reparto de excepción, entre el que figuran: Jennifer Jones, Marisa Pavan, Gregory Peck y Frederick March

EL HOMBRE DEL TRAJE GRIS

la famosísima obra de

SLOAN WILSON

será publicada próximamente en exclusiva para España e Hispanoamérica, por

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

★ LLUVIA DE ESTELLAS ★



John Forsythe

★ N.º 423

Este actor, actualmente se ha situado entre los primeros de Hollywood, gracias a un ventajoso contrato con la Paramount. Su última película estrenada en España es "Asesinato en la televisión".

Foto PARAMOUNT



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PROYECTO, 2 BARCELONA - (España)

Precio en España: 6 ptas. — Printed in Spain — Precio en la Rep. Argentina: \$4